

IKORAD

Revista digital de literatura fantástica y de Ciencia ficción

No. 5 Julio-Septiembre 2011



**Plástika
Fantástica
Grupo Arcángel**

La ciencia ficción y el futurismo del pasado

Menciones concurso Oscar Hurtado 2011

EDITORIAL

Les presentamos Korad 5, correspondiente al trimestre Julio-Agosto-Septiembre del 2011. Korad es la revista que persigue aglutinar todas las producciones referidas al fantástico cubano, incluyendo la narrativa de ciencia ficción, fantasía heroica, el comic y la poesía especulativa, pero también conferencias, ensayos, crónicas, críticas y reseñas. Para este número hemos decidido incluir las principales menciones de nuestro concurso **Oscar Hurtado 2011**, en las categorías de cuento fantástico, cuento de ciencia ficción, poesía fantástica y ensayo. Proponemos además un viaje por la nostalgia de la mano de Yoss hasta los años 80 y aquella primera (y única) película de **Voltus V** exhibida en nuestros cines. Nuestra sección de plástica fantástica cuenta como invitado al proyecto **Arcángel**. También les ofrecemos algunas convocatorias de concursos todavía vigentes. En este número planeábamos además incluir un dossier con Agustín de Rojas pero, cuando su confección ya estaba bastante adelantada, nos llegó la triste noticia de su fallecimiento. El impacto de la muerte de Agustín de Rojas, gran amigo, hombre bueno y excelente escritor ha sido de tal magnitud para los amantes del género en Cuba que en Octubre publicaremos una revista Korad especial dedicada por completo a de Rojas, como un modesto homenaje a su vida y su obra.

CONSEJO EDITORIAL

Editor: Raúl Aguiar

Co-Editores: Elaine Vilar Madruga, Jeffrey López y Carlos A. Duarte

Corrección: Zullín Elejalde Macías y Victoria Isabel Pérez Plana

Diseño y composición: Raúl Aguiar

Sección Poesía: Elaine Vilar Madruga

Sección Cómics: Eric Flores

Redacción y Administración

Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. 5ta. ave, No. 2002, entre 20 y 22, Playa, Ciudad Habana, Cuba.

CP 11300 Telef: 206 53 66

e-mail. revistakorad@yahoo.com

Portada: **El triste llanto** de Juan Carlos Senra

Contraportada: **El domador** de Maykel Fajardo

Korad es un Proyecto Editorial sin fines de lucro, patrocinado por el Taller de Fantasía y CF Espacio Abierto y el Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Queda terminantemente prohibida su venta. Se autoriza su copia y redistribución de forma íntegra. Las opiniones vertidas en las páginas de Korad son exclusiva responsabilidad de los autores, no de los editores del ezine.



KORAD / 5

julio-septiembre 2011

Índice:

Editorial / 2

La ciencia ficción y el futurismo del pasado. Victoria Isabel Pérez Plana / **4**

Deus ex machina. Elaine Vilar Madruga / **9**

Los cerros contra los focos. Dennis Mourdoch / **12**

Regreso a Erual. Pavel Mustelier Zamora / **17**

Sección Poesía Fantástica: El tiempo de las bestias. Suset González Roditi / **23**

Dioses idos. Kevin Fernández Delgado / **24**

Sección Plástica Fantástica: Proyecto Arcángel / 25

Humor: Crónica de unas vacaciones. Niurka Alonso y Claudio del Castillo / **27**

Generación V. Yoss / **34**

Convocatorias a Concursos / 44

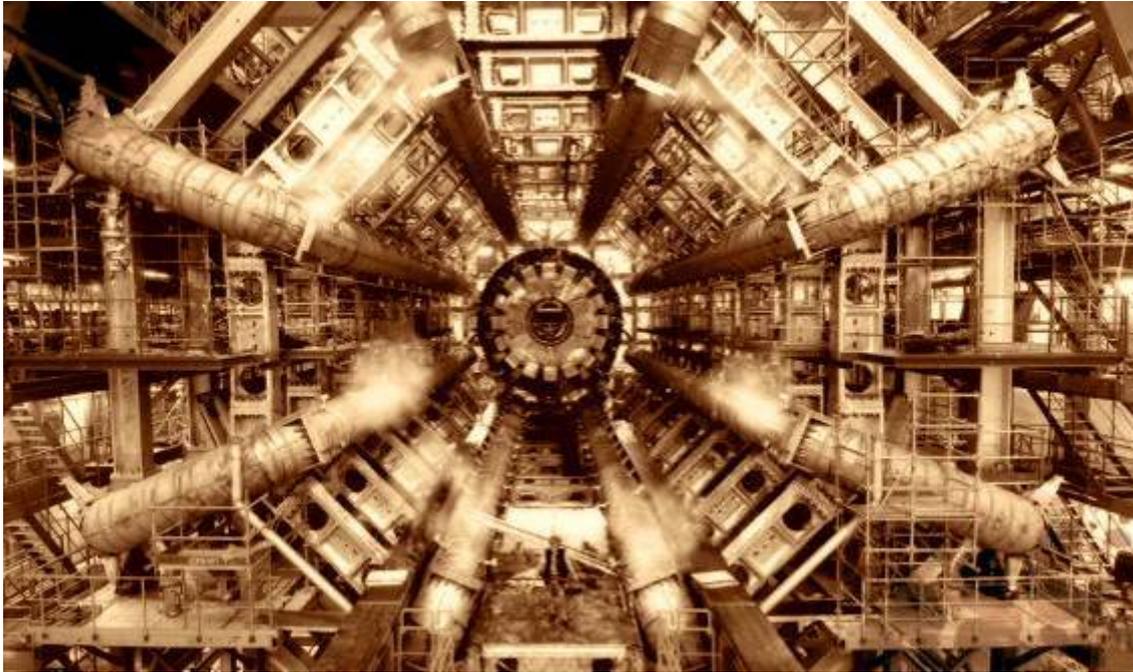
Noticias / 48

Sección El Cómic fantástico-Ediciones en colores. Eric Flores / **51**

La Ciencia ficción y el Futurismo del pasado

Victoria Isabel Pérez Plana

Mención en la Categoría Ensayo del III Concurso Oscar Hurtado 2011.



Introducción

Tal vez el título sugiera un re juego de palabras relativo a la trilogía de películas “Regreso al futuro” (“Back to the future”) dirigidas por Robert Zemeckis en la década del 80 del siglo XX. Realmente no, aunque tal vez parcialmente sí. La frase podrá parecer paradójica y ambigua, pero no es ni lo uno ni lo otro. Aunque pasado y futuro apuntan a direcciones opuestas en el tiempo, hay relaciones estrechas entre ambos: el futuro es consecuencia del pasado (pero no al revés, hasta que se demuestre lo contrario...). Se trata de ciertas situaciones diferentes pero relacionadas entre sí, respecto a la forma en que se aborda la tecnología del futuro en la ciencia ficción, lo que podríamos llamar *anacronismo tecnológico* o como en el título: *futurismo del pasado*.

Aunque el futuro es uno de los temas que más se le asocian, la ciencia ficción no necesariamente está vinculada a lo que aún no ha sucedido, bien sea cercano o lejano en el tiempo respecto al momento en que se escribe. Pero es en ese caso donde al escritor se le presenta un dilema en cuanto a cómo proyectar la tecnología de nuestro mundo del futuro, fundamentalmente cuando de alguna manera tiene una relación con lo que conocemos hoy. La más frecuente de esas situaciones sucede cuando leemos alguna obra escrita algún tiempo atrás, cuya acción transcurre en un futuro que es nuestro presente o un ayer cercano. A veces “nos sabe a viejo”, otras veces nos resulta algo obsoleto, inverosímil (nunca pasó ni podrá pasar) o peor aún: inentendible. Esto es resultado muchas veces de presentar el futuro con la tecnología del momento en que se escribió.

Otra situación similar: escribimos hoy sobre acontecimientos futuros, donde supuestamente la tecnología es superior a la actual (excepto que se trate de retro-futurismo), pero por desconocimiento o falta de acceso a la información, resulta que ya eso pertenece al hoy o al ayer (más o menos reciente). Puede que incluso esté obsoleta porque ya hay otra tecnología que la sustituyó. Un caso parecido es cuando “trasplantamos” la tecnología actual hacia el futuro como si se tratara de algo estático e inmutable en el tiempo.

Analizaremos varias consideraciones respecto a estos temas, con algunos ejemplos que pueden ilustrar mejor los planteamientos.

Si Asimov lo dice...

Está claro que lo esencial en cualquier obra literaria, sea del género que sea, es contar una historia. Pero en el caso de la ciencia ficción, si además tecnológicamente resulta creíble o al menos posible (aunque sea remotamente), entonces mejor.

Si actualmente es difícil predecir cómo evolucionará la tecnología en cinco o diez años, en un intervalo mayor constituye todo un reto. Sólo hay que hacer un recuento de lo que ha sucedido en el siglo XX, y compararlo por ejemplo, con la primera década del XXI, en que algunas tecnologías como la informática, las comunicaciones, la genética y otras han tenido constantes y rápidos avances.

Para tener un punto de partida al analizar este tema del anacronismo tecnológico en la ciencia ficción, tomemos como referencia a un escritor bien conocido: Isaac Asimov. De la introducción a su antología *Sueños de robots*, escrita por él mismo, extraemos algunos fragmentos [2]:

“...Es posible que al tratar de expresar la tecnología del futuro se acierte. Si después de haber escrito una historia determinada se vive lo bastante, se puede tener la satisfacción de comprobar que tus profecías eran razonablemente acertadas y que a uno se le considere un profeta menor.

Esto me ha sucedido a mí con mis historias de robots. [...]

En mi historia **La sensación de poder**, publicada en 1957, mencioné los ordenadores de bolsillo aproximadamente diez años antes de que existieran de verdad. Incluso consideré la posibilidad de que tales computadoras pudieran disminuir gravemente la capacidad de la gente para la aritmética al estilo anticuado y esto es, ahora, una gran preocupación de los educadores.

[...] pero también existe lo contrario. [...] también podemos resultar inexactos, a veces ridículamente [...]

... la ciencia avanza de verdad y a veces produce resultados totalmente inesperados en muy pocos años, esto puede dejar al escritor (incluso a mí) aislado sobre un pináculo de «hechos» falsos. [...]

Eventualmente entendí la miniaturización [...], *después*, naturalmente, de que hubiera empezado el proceso. En **La última pregunta** empecé con mi computadora habitual «Multivac», tan grande como una ciudad, porque solo podía concebir una computadora enorme si la imaginaba llena de tubos de vacío. Pero en aquella historia empecé a miniaturizar y miniaturizar más de lo que creía realmente posible.

Sin embargo, sospecho que los lectores están siempre dispuestos a perdonar a un pobre escritor de ciencia ficción que se quede algo anticuado. [...] En realidad, **La guerra de los mundos**, de H.G. Wells se sigue leyendo con avidez. [...]

Eso se debe a que en una historia de ciencia ficción hay bastante más que la ciencia que contiene. Está la historia y si la ciencia que contiene queda algo maltrecha por causa de los últimos descubrimientos, o porque el argumento requiere absolutamente una manipulación, tendemos a pasarlo por alto y perdonamos.”

Si bien estamos de acuerdo con él en que la historia que se cuenta y la forma en que se hace, es lo esencial, lo que diferencia la literatura de un documento técnico, no es menos cierto que la especulación debe hacerse con cuidado de evitar, en lo posible, anacronismos que puedan no ya como plantea él, resultar a veces ridículos, sino incluso no entenderse por los lectores del futuro (o hasta del presente). Para Asimov era difícil concebir «Multivac» del tamaño de las microcomputadoras actuales, pero tampoco hoy alguien se imagina una computadora tan grande como una ciudad, aunque sí una ciudad llena de computadoras interconectadas, porque es a lo que estamos acostumbrados. A menos que conozcamos un poco de la historia del desarrollo de la computación, «Multivac» nos parece del pasado o simplemente no lo entendemos.

Hay que estar al día

No solo debemos estar al tanto de los avances técnicos. O al menos tratar de documentarnos con lo más reciente que nos sea posible. Hay que tener en cuenta que la tecnología por lo general no permanece inmutable, aunque los cambios sean mínimos y no nos demos cuenta. Cuando los cambios son graduales, no los percibimos de conjunto a

menos que se haga un recuento histórico paso a paso de todos los elementos que integran una tecnología, como pueden ser: la apariencia de un objeto, su composición, la forma en que este se utilice.

Pongamos tan solo un ejemplo muy conocido: la televisión. Haciendo un breve resumen: los primeros aparatos receptores fabricados con válvulas de vacío, al igual que la transmisión, eran analógicos, en blanco y negro. Después se fabricaron receptores con circuitos impresos y transistores, a color, se transmitía mediante circuito cerrado o empleando radio-frecuencias. Con la aparición sucesiva de video-casetes, VCD, DVD y Blue-Ray, el aparato receptor se usó para ver algo más que lo transmitido (broadcasting). Recientemente la transmisión de televisión está en proceso de cambio a señales digitales e imágenes de alta definición, los receptores que se fabrican no tienen un tubo de rayos catódicos sino pantallas LCD o de plasma (con mucho menos consumo de energía y disipación de calor). Hace un tiempo ya que se transmite por satélites y ahora también por Internet. Algunos auguran incluso que la forma de consumir televisión cambiará drásticamente teniendo en cuenta que muchos (en los países desarrollados claro) pasan más horas navegando en Internet que viendo televisión. Y todo esto en algo menos de cien años. ¿Quién sabe cómo evolucionará mañana?

Tal como plantea Asimov, un lector puede “perdonar”, cuando el avance del conocimiento científico hace que alguna obra literaria de ciencia ficción con algunos años de publicada parezca una fantasía casi infantil. Esto más o menos es lo que ha pasado con muchas de las óperas espaciales en las cuales aparecen marcianos y todo tipo de habitantes humanoides de otros planetas del sistema solar, donde ahora sabemos que es difícil encontrar vida similar a la nuestra por las condiciones físicas que hay en ellos. Si esas obras tienen un valor literario, perduran aunque sean un poco risibles las especulaciones científicas porque aún tienen algo disfrutable.

Un caso interesante lo constituye el francés Julio Verne. Muchos lo consideran un gran profeta y visionario [6]. Algunas de sus novelas que pertenecen al ciclo conocido como *Viajes extraordinarios* narran hechos acontecidos aproximadamente en la época que él vivió. Por lo general los “adelantos científicos” que en ellas aparecen están basados en los de ese momento histórico. Verne se preocupó por conocer todo aquello que se investigaba o descubría, ya sea para tomar ideas, extrapolar y/o especular, de una manera que aún hoy en el siglo XXI, cuando para nosotros son algo normal y en muchos casos parte de la vida cotidiana, sus historias siguen gustando. Incluso nos parece que en esa época tan lejana la tecnología estaba más adelantada que la referencia histórica que tenemos. La conclusión obvia es que siempre hay que documentarse un poco antes de comenzar a imaginar y escribir.

Si se trata de una historia que ocurre más o menos en el mismo período de tiempo en que se escribe, pero se emplea una tecnología algo superior a la de ese momento, o una tecnología que está aún en fase de estudio que se da ya por algo desarrollado, al leerla como mínimo cinco años después nos parecerá que estaba adelantado para su época, excepto el caso claro, de que por alguna razón esta tecnología se haya desechado. Es una manera muy recurrida y efectiva, como también no precisar una fecha específica, sino que quede más o menos enmarcado en un intervalo de tiempo, según la descripción que se haga del universo narrativo.

Pero si en algo debemos tener mucho cuidado es que si tratamos de proyectar el futuro con una tecnología del momento (y sobre todo si se trata de un futuro lejano) es que tal vez los lectores del mañana no nos entiendan, debido a que al hacerse obsoleta pasa a ser historia, muchas veces olvidada o ignorada. No todo el mundo puede aspirar a mantenerse en la preferencia durante más de cien años como Verne, pero tampoco hay por qué ponerse barreras innecesarias. Y el peor caso es que eso puede suceder incluso en un tiempo relativamente corto, por la velocidad actual con que ocurren los cambios tecnológicos.

Pongamos un ejemplo interesante, un detalle de una novela ampliamente conocida: **2001: Una odisea espacial**, de Arthur C. Clarke, publicada en 1968, posterior a la película de Stanley Kubrick que con los años se ha convertido en un clásico de referencia. En un fragmento de la novela, se relata respecto a aplicar el Test de Turing a HAL: “...Turing había señalado que, si se podía llevar a cabo una prolongada conversación con una máquina – indistintamente mediante máquina de escribir o micrófono– sin ser capaz de distinguir entre sus respuestas y las que podría dar un hombre, en tal caso la máquina estaba pensando...”[4].

Aquí probablemente a todos nos parezca que el uso del micrófono es algo futurista, incluso ahora, cuando han transcurrido diez años después de la fecha en que suceden los hechos que se narran, pues aún la comunicación hablada usando el lenguaje natural (el que usan las personas para comunicarse entre sí) no es todavía un logro establecido de la Inteligencia Artificial: ninguno de nosotros “conversa” usualmente con las computadoras, así que

sigue siendo cosa del futuro. Pero tal vez la frase “máquina de escribir” (traducción de *typewriter* en inglés) nos suene “raro”. Este término se refiere a la interfaz que empleaban las computadoras en esa época, cuando aún no se les había incorporado las pantallas CRT. Se empleaba una “terminal” que consistía en una máquina de escribir donde el operador escribía los comandos (la máquina los tomaba directamente de lo teclado y la persona lo leía en el papel para saber lo que había escrito). En el mismo papel de esa “máquina de escribir”, se imprimían las “respuestas” de la computadora para que el operador la leyera. Cuando se sustituyó por la pantalla y el teclado, se mantuvo una interfaz similar que ha llegado hasta la actualidad, y pasó a ser lo que conocemos ahora como “interfaz de línea de comandos” o “consola”. La frase “máquina de escribir” nos confunde y no nos permite entender de qué se trata a menos que conozcamos un poco la historia de la computación (aunque tal vez se trate de un problema de traducción).

Siguiendo esta idea, en ocasiones el uso cuidadoso del lenguaje y la elección de las palabras puede ser también de utilidad. Tomemos por ejemplo **El canto de los dioses**, de Julián Pérez [5], uno de los mejores cuentos cubanos de CF de la década de 1980 según el Sitio Web **Guaicán literario**. En él se hace referencia indistintamente a “long-playing” o LP (los discos de vinilo donde se distribuía la música grabada en ese tiempo) o también se les dice disco. Sin embargo, actualmente al leer la palabra disco, mentalmente la asociamos a la imagen de un CD (Disco Compacto). Por ser un sustantivo genérico, se puede referir tanto a un LP como un CD. De esta manera, se sigue entendiendo como algo actual más de veinte años después de haber sido escrito.

En un debate durante una de las sesiones del taller literario **Espacio Abierto** en el 2010, en una crítica que hiciera respecto a lo que denominé “el síndrome del teclado”, me refería al criterio mal fundado de que el uso frenético de este periférico es sinónimo de habilidad, de ser un experto en el uso de la computadora. Realmente ese comportamiento encaja más con lo que hacen las secretarías y no los programadores o administradores de una red. Tal vez las películas y series de televisión (de ciencia ficción o no) hayan contribuido a crear esa imagen. Pero más allá de eso, está la cuestión de la interfaz hombre-máquina que, si bien no ha cambiado mucho en cuanto a la forma de introducir texto mediante ese dispositivo desde hace bastantes años, no quiere decir que siga siendo así dentro de un siglo o incluso menos tiempo. Ya existen otras formas de interactuar además del teclado y el ratón, se les denomina “interfaces no convencionales”. Es de esperar que las pantallas táctiles o de otro tipo (como teclados virtuales mediante luces infrarrojas que se proyectan) pudieran ser más comunes e incluso sustituir el actual teclado en un tiempo no muy lejano.

Muchos me contradijeron diciendo que las pantallas táctiles consumen mucha energía y otros argumentos. Menos de un año después, la compañía Apple lanzó al mercado el Ipad: una computadora portátil que no tiene teclado ni ratón, solo una pantalla táctil (que no es tan blanda como las habituales). Tiene además bastante bajo consumo de energía en comparación con otros dispositivos móviles (según referencias de alguien que conozco, al menos doce horas de autonomía, trabajando “a full” y sin recargar). Es solo un caso de los raros (¿e impredecibles?) caminos que tiene la tecnología informática.

Un buen ejemplo futurista en cuanto a interfaz se vio en la serie televisiva cubana **Shiralad**: el vidente (persona con capacidad para la comunicación con el tipo de computadora que aparece en la serie), ponía sus manos sobre un dispositivo y la comunicación se establecía de manera directa entre la máquina y el cerebro del hombre (aunque no se explicaba cómo funcionaba realmente, el efecto visual era bien futurista y casi parecía magia).

Una excepción a lo que hemos expuesto, es cuando se trata de retro-futurismo, o sea, el futuro nos depara un retroceso tecnológico (también puede ser social pero no es de lo que tratamos aquí). En este caso de alguna manera debe quedar claro en el relato que se trata de eso, y resultará válido en cualquier momento. Esto tiene un cierto codeo con las ucronías, sobre todo si partimos de un momento ya pasado y se especula qué habría pasado si los acontecimientos hubieran tomado un rumbo diferente a lo que en realidad ocurrió. Ejemplos de estos hay muchos en la literatura de CF[1].

Versiones, ¿por qué no?

Otra posible solución al problema de que una obra literaria se haga obsoleta en un tiempo breve, podría ser como se hace en el mundo del software: nuevas versiones que se denominan con números, 2.0, 3.1, etc. Esto no es nada nuevo en la literatura técnica. Muchos libros de texto o de consulta son revisados y actualizados por sus autores,

publicando los textos con las debidas correcciones y/o ampliaciones acorde con los nuevos descubrimientos, adelantos, métodos y tecnologías que surgen.

Algunos autores como Rudy Rucker han tomado la iniciativa al respecto (algo que no es raro teniendo en cuenta que es informático de profesión además de escritor de CF, en particular en el campo de la Inteligencia Artificial). A pesar de que **El hacker y las hormigas** (en inglés: **The hacker and the ants**) se publicó en 1994, una fecha relativamente reciente, en 2006 salió a la venta la denominada por él versión 2.0. Pero veamos en qué consiste esta “actualización” según las palabras del propio Rucker en el prefacio a esta segunda versión [3]:

“...Un cambio ha consistido en retirar cualquier anacronismo que hiciera que el libro pareciera ambientado en el siglo XX y no en el XXI. Considerando que las ideas fundamentales del libro son futurísticas, quería que al menos fuese contemporáneo. ...”

Esta idea de realizar nuevas versiones a una obra literaria, como si se tratara de un software que se actualiza, no es tan descabellada si tenemos en cuenta que ya los libros no se leen solo impresos en papel, también se editan en formato digital. El comercio electrónico de libros es una industria que al parecer está creciendo. Muchos libros están disponibles para descargar de Internet, ya sea para leerlos (e-books) o para oírlos (audio-libros), esto último lo prefieren aquellos que no tienen tiempo para la lectura o son “vagos”. Y no solo en una computadora de escritorio, sino en una cantidad variada de dispositivos móviles que parecen ser (y aquí me atrevo a especular) una de las tecnologías que tal vez nos harán cambiar la forma en que leemos y escribimos.

A modo de Conclusiones

Incluso para el mago Mandrake podríamos decir que es difícil predecir correctamente en un ciento por ciento el futuro en cuanto a las tecnologías que predominarán o quedarán obsoletas. Sobre todo si tenemos en cuenta como dijo Einstein, que él no sabía qué tipo de armas se usarían en la Tercera Guerra Mundial, pero que seguramente en la Cuarta serían palos y piedras.

No cabe dudas de que podemos evitar de cierto modo caer en anacronismos innecesarios, mediante diferentes recursos como los que hemos planteado aquí, o tal vez incluso otros que no hemos abordado. De esa forma, aumentando la credibilidad de nuestro relato, (o discurso visual, ya que el cine y la televisión también padecen este problema) desde el punto de vista tecnológico lo hacemos más disfrutable y trascendente.



Victoria Isabel Pérez Plana. (La Habana, 1967). Licenciada en Cibernética Matemática (Universidad de la Habana) e Ingeniera Civil (CUJAE). Máster en Ciencias en Informática aplicada a la Ingeniería y la Arquitectura (CUJAE). No tiene libros publicados. Miembro del Taller literario "Espacio Abierto" y del proyecto DiALFa (Divulgación del Arte y la Literatura Fantásticos). Correctora de la Revista Korad. Ha publicado dos minicuentos en la revista MiNatura y otro un cuento suyo está en proceso de publicación en la antología "Ciencia-Ricción" para el 2012. Con este ensayo ganó Mención en esa Categoría del III Concurso Oscar Hurtado 2011.

Deus ex machina

Elaine Vilar Madruga

Mención Oscar Hurtado 2011 en cuento de ciencia ficción



Ellos querían a un dios.

Habían perdido al suyo en algún vericuetto de la historia, en un giro inesperado del tiempo, a manos de alguien, o quién sabe cómo... Ni ellos mismos lo recordaban, pero lo cierto es que no existía, que no tenían memoria de que alguna vez hubieran tenido a un dios. Nadie en Ador alzaba los ojos a las estrellas con preguntas o tan siquiera con una de esas alabanzas que nosotros, los hombres de la Tierra, encontramos tan viejas. Nadie creía.

Ador era un sitio silencioso.

Sus bosques de burbujas. Sus pájaros de alas como bucles infinitos. Las raíces invertidas de sus árboles. Su gente, tan semejante a la nuestra, de ojos inmensos, las ropas de sus ancianos que colgaban en jirones largos como el tiempo y las frentes abiertas en agujeros púrpuras.

Todos silenciosos.

Buscando al dios.

Decían que sólo en el mutismo serían capaces de encontrar lo perdido y, cuando intentábamos entablar con ellos un diálogo —el más pequeño diálogo—, nos señalaban con tres dedos hacia el cielo y emitían un chasquido de disgusto con sus dos lenguas gemelas: “Silencio”, nos pedían, y ya no sabíamos qué más decir. “Buscamos la voz del Dios.”

De quién fue la idea, no puedo saberlo.

Supongo que de nosotros.

Todas las buenas ideas se supone que sean de nosotros.

Decidimos venderles a nuestro Dios.

Qué más daba.

No necesitábamos a un Dios y sí mucho de aquella tierra de Ador, de sus suelos luminosos y fértiles, del alimento que crecía dentro de ella y que no envenenaba nuestras células como antes nos sucedió en los océanos de Akla con los mil niños muertos, las madres que gemían, la guerra civil que amenazaba con rompernos en pedazos, y luego una paz a medias sobre la Tierra lograda quién sabe cómo, pero siempre precaria aún cuando ya habían pasado tantos años de aquel evento. Tan náufraga nuestra paz que sólo bastaba un ciclo más de hambruna para que la homofagia fuera solución entre la gente, y todos comenzáramos a ver alimento en el brazo, en la pierna, en el ojo del prójimo. Tan sólo un ciclo y volveríamos al agujero de lo primitivo.

Necesitábamos el agua de Ador.

Aquel líquido sin radiaciones.

Y la tierra limpia.

La tierra que podía salvarnos del canibalismo, de andar en manadas como bestias salvajes...

La tierra que podía alejarnos del recuerdo de los niños envenenados en Akla, y los dos millones de enfermos de cáncer de hígado, de estómago, de esófago, de garganta, de los ocho millones de muertos por hambruna, de los treinta y seis mil que a diario escogían la soga, el máser en la frente, el salto desde un macroedificio.

Ador era nuestro Edén.

Ador tenía el maná que necesitábamos.

La idea fue nuestra.

Un cambio: nuestro Dios por todo su alimento, por su vasallaje y servicio.

En otras palabras: nuestro Dios por su esclavitud.

Ellos lo querían, y nosotros se lo dimos hecho a nuestra imagen y semejanza.

Uno de los tantos númenes que habíamos desechado.

Al Carpintero.

Al Hombre clavado a la Madera, quién sabe por qué razones que ciertamente no importan ahora y que quizás nunca importaron.

Aquel de quien nos cansamos.

El de las súplicas y ninguna respuesta, solo la larga escupida de su silencio.

¿Sentir remordimiento?

¿Nosotros?

¿De qué?

Si el pueblo de Ador, con sus ancianos al frente, nos besaban las manos, nos llamaban Padres, nos vestían con sus galas de *hierbaluna*, se arrodillaban para dejarnos pasar.

Le trajimos a su Dios.

A su nuevo Dios.

Pronto los vimos doblándose en los surcos por nosotros, levantando la Tierra de sus ruinas nucleares.

Ofreciéndonos todo lo que anhelábamos y mucho más, mientras su Dios les sonreía desde las espinas, con su rostro de mendigo sediento, como antes hizo con nosotros hace ya tanto tiempo.

Y ellos eran tan felices...

Cada mañana, sobre los campos de Ador —cubiertos por sus hombres que trabajan para y por la Tierra— pasa la Máquina. La Máquina de la cual cuelga su Dios con una sonrisa laxa de hombre muerto, y que luego desciende una vez al día sobre los campos plateados, por un segundo fugaz que les arranca a los nativos el sudor de los cuerpos y el desánimo del alma.

Sólo una vez al día, pero para ellos es suficiente porque dicen que escuchan otra vez la Voz, y ya no necesitan encontrar en el silencio.

Y a nosotros...

... nos place ser humanos.

Nos place que el pueblo de Ador se adapte tan bien a nuestra realidad dorada. Nos place saber que ya no hay niños envenenados, ni amenazas de homofagia, ni tribus de locos que deambulen por los bosques de la Tierra en busca de carne, agua o semilla.

Pero a veces...

A veces es mejor no recordar por qué comenzamos a mirar al cielo y a no encontrar nada.

Por qué pedimos el silencio con una simple mirada de los ojos, o un chasquido de la lengua y si nos preguntan diremos: “No es nada. Te habrás hecho idea. Sólo busco escuchar...”

Pero ahí queda la palabra interrumpida.

¿Escuchar qué?

Escuchar nada, si ese es el precio justo por la vida.

De seguro, Dios comprenderá.

27 de diciembre de 2010

Basada en una versión del año 2008.



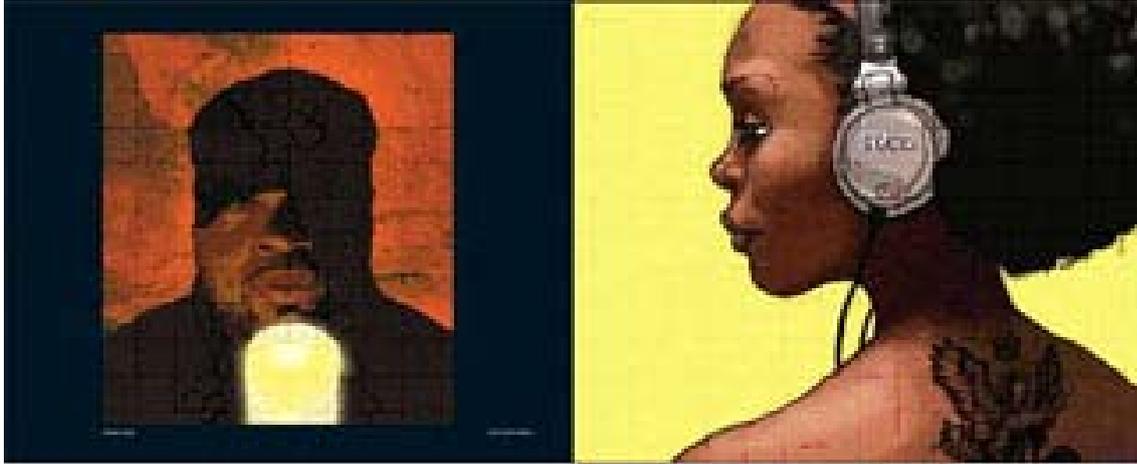
Elaine Vilar Madruga (La Habana, 1989). Graduada de guitarra clásica de la Escuela Nacional de Música. ENA. Es laureada con el premio “La Flauta de Chocolate” de literatura infantil en el año 2001 en el género poesía. Obtuvo el premio especial de Ediciones Unión 2003 en el género de décima y narrativa; 2004, premio en el género de poesía y premio especial que otorga la Editorial Letras Cubanas. Obtuvo premios en los géneros de poesía y cuento en el concurso auspiciado por la FAO “Protege a los Bosques Evitando los Incendios Forestales”. En el año 2006, su libro “Al límite de los Olivos”, recibe una Mención, en el género ciencia ficción, del Premio Calendario 2006 auspiciado por la Asociación Hermanos Sainz. Tiene publicaciones en revistas infantiles y libros, tales como “Vuelo de colibrí”, “Cartas al Padre”, “Secretos con alas”. Resulta premiada entre los siete finalistas del Primer Concurso Iberoamericano de Relatos BBVA-

Casa de las Américas. En el año 2009 publicó “Al límite de los olivos”, por Ediciones Extramuros, 2009. Coordinadora del taller literario Espacio Abierto.

LOS CERROS CONTRA LOS FOCOS

Dennis Mourdoch

Mención Oscar Hurtado 2011 en cuento de ciencia ficción



La Sabrosa, con el cartel de neón fundido, está repleta de infelices. Es culpa de ella con ese vestido inteligente, insinuando más de lo que enseña; y del frío pomo de agua Silver entretenido en girar sobre su panza encima de la mesa.

... yo soy el Curui; un Z15. Esa no es más que yo.

Empujo la puerta. El sonajero me grita.

Me siento al frente.

—Disculpe. Espero a alguien —cancelo, con el dedo sobre la cara sonriente de un cocinerito, el menú interactivo de cuatro platos visualizados en la mesa. No lo necesito. Siempre pido lo mismo. El cocinerito me guiña un ojo antes de desaparecer sustituido por peces multicolores y la programación del día.

—Usted no me escuchó —hay un cierto tono de amenaza. El brazo biomecánico de la camarera deja un plato hondo de arroz amarillo con largos frijolitos chinos y una cuchara enterrada en el pico de la loma, como la bandera refractaria china en Venus. Debo acostumbrarme a la sazón de este país.

—Oiga —me dice.

Toca mi brazo y ve los tatuajes interactivos de las gárgolas lanzarle una mordida. Retira la mano como si se hubiese quemado. Me mira con intenciones de clavarme el pomo Silver en el pecho, como una estaca transparente, y martillarlos con su puño.

Le respondo con igual cortesía pensando en el cabo de la bandera china entre sus piernas, con el rojo ondeando a la intemperie de su Venus. Deja de matarme con la mirada, y se concentra en la puerta. Debe estar esperando a alguien. A lo mejor, la que está asomada en la inmensa vidriera de la Sabrosa. Se pone histérica, se levanta empujando todo, persiguiendo a alguien. Es lo último que veo de ella hasta que pasa frente a la garita conduciendo su Hyundai brasileño a las seis y cuarenta.

Doce horas de guardia en el parqueo nivel B de los laboratorios Futuro se terminan tras minutos de cambio, parte e informe. Durante el camino a casa, me pidieron la identificación y permiso de residencia unas seis veces. Es culpa de mi cara, fui ingenuo por pensar: eso no es un problema. Uno más no se echaría ver. Pero... nunca cumplen lo que dicen.

“Vengan. Por sus venas corre la misma sangre de los grandes internacionalistas...”, y ahora que estoy aquí... ¿qué?

Media hora aplastado dentro del sub, para llegar a mí cuarto plástico en Los Focos, La Bonita, y me recibe una pistola de pequeño calibre empuñada en agujerearme la cabeza.

Su perfume.

—Tú me vas a ayudar —hace una pausa, infla sus pulmones con una inmensa bocanada. Seguro, dirá algo muy importante—. ¡Escúchame cacho de mierda, tú me vas a ayudar!

—¿Ayudarte, a qué?

Cierra la puerta con el pie.

Error.

Le quito la pistola con una leve torcedura de muñeca, no quiero partirle los dedos. Y ahora es ella la que la tiene en la cabeza. No se me acobarda. Se alza como una torre de telecomunicaciones y me suelta:

—Me vas a ayudar a matarlos —me clava una tarjeta de crédito en la palma de la mano—. Cógela. Son quinientos mil. Cien por cada uno.

La tomo por el brazo, coloco la tarjeta dentro del ajustador, entre las tetas, y la saco de la casa.

Su perfume se mezcla con el flujo caliente del remedo de ventilador.

¿Cómo supo que podía matar gente? ¿Dónde encontrarme? Y que soy un cacho de mierda. Demasiadas preguntas para una sola respuesta: Red y calentamiento global. El calentamiento es la respuesta a mi propia pregunta de por qué sudo tanto y tenga que bañarme por segunda vez.

El agua me refresca por el pedazo de hielo, que flota en el centro del cubo plástico. Vaya a donde vaya es lo mismo. Tengo la necesidad pegada con goma a la suela de los tenis. Hundo el cubo en el tanque de mil litros, me lo hecho encima. Me seco a medias con una toalla semitransparente. Abro el refrigerador, tres pastillas, un buche de agua fría para que las tres —una de ellas para dormir y las otras para apagar pesadillas— lleguen al estómago, otro de leche con escarcha para evitar la úlcera.

Vuelven a pedir mi permiso de residencia; lo verifican en el acceso a la red que tiene el vigilante jet pack en el antebrazo, mueve los dedos sobre la pantalla táctil revisando mi escaso expediente de emigración (solo he emigrado una vez, y es esta). Por su mirada se nota que no se cree que sea legal, mucho menos que me dejasen entrar. Comprueba mi cara con la de la pantalla líquida unas cuatro veces, no parece convencido, la comprueba una quinta y me somete a otro escáner, en el que solo aparece el plomo de viejos tiros. Aún sin convencerse, me deja ir con una advertencia:

—Estate tranquilito, me oíste.

—Lo voy estar —le respondo sin mirarle a los ojos. Los tengo fijos en sus botas amortiguadas, es mejor así, el interior de las suelas es líquida, son parecidas a las usadas por los de patrulleros jet packs en Los Cerros. Una vez se las quité a uno, y con esas se dan tremendas patadas en la boca. En la parte trasera desde el tacón hasta donde termina el biometal de cuero tienen un pistón-muelle de impulsión. Cuando despegan, los pistones-muelles lo catapultean un par de pisos, y estando en el aire encienden los jet packs. El oficial me dice algo para que lo mire a la cara. A ninguna ley le gusta que lo miren a los ojos. Te pueden matar si ves lo que hay dentro.

No importa cuánto corro, me apuro, empujo sin pedir disculpas, ganando bonus gratis de odio. Llego cinco minutos tarde al trabajo, y me informan en una reunión muy solemne con el jefe de turno, el de sección y otros tipos, también deben serlo, que me están despidiendo por negligencia.

¡¿Negligencia?!

¿Cuál negligencia?

No me responden. El jefe me mira a los ojos. Me da el cheque de liquidación y con una seña de cabeza me acompañan, llevándome por los brazos hasta la verja de hierro.

El problema es que presentaron una queja, y aprovecharon para darle tu puesto al sobrino del jefe de turno, dice uno de los escoltas con ojos de sindicalista. Lo menos que quiero yo es pelear. Mi por ciento de cubanía no me alcanza para echar esta pelea sin que me deporten. Me despiden del escolta. Me da una tarjeta que no pienso usar.

Esta vez no pidieron el permiso ni la identificación, simplemente siguieron de largo y se la pidieron a otros a lo largo del vagón del sub. Casi lo estoy logrando.

Doce horas después, entre cuatro paredes verdes por los hongos; sin nada más que una lata de galletas, es desesperante. No necesito estar dormido para tener una pesadilla. Triplico la dosis de pastillas y gracias a eso sé que la leche no es leche, es un polvo blanco disuelto en algo con sabor a leche; y no impide que te salga una úlcera a todo lo largo y ancho de la barriga. El calor es insoportable. En Los Cerros había calor, pero no así, era un calor maniatado por la liga de los vientos y las largas tuberías de media pulgada de policarbono gris, casi invisibles, con sus atomizadores de agua de boquillas azules, esparcidos por toda la ciudad; refrescándola, sin dejarla sudar. Los vientos ascendían hasta Los Cerros, paseaban por nuestras calles, entraban y se dejaban llevar por el cabeceo y el batir monótono de los ventiladores enfriando las cachapas con queso y empanadas de carne. Aquí, aparte del normal, está el calor urbano. Toda una inmensidad de aires acondicionados semifuncionales forjan una alianza con el normal y te joden la vida. Hasta que te das un baño frío, y el lujo de una crema aislante, con base de aceite mineral, antioxidante y placentas hechas en grandes tinas de cultivo con células madre, es lo que puedo deducir de la larga lista de por cientos y fórmulas en un terrenito de etiqueta.

El pomo es pequeño, blanco, con una boca muy grande, como los que olíamos en Los Cerros llenos de goma de pegar, bioplástico, chips de silialuminio, y gotas de ácido. Todo junto, se tapaba, se sacudía. Lo desenroscábamos, cuando se hinchaba y se ponía caliente, con dos giros completos; un rico humo violáceo tomaba altura hasta nuestras narices. A veces, cuando había créditos en duro, acompañábamos con una buena línea de cocaína, o mililitros de heroína y si no había nada más, un pequeño cabo de marihuana urbana, cultivada dentro de casas, almacenes y parqueos abandonados.

Tres toques cortos iguales que los de la policía armada como ejército. Me tiro al piso esperando la ráfaga gritona de la M-16 con selección de blancos tailandeses. Vuelven a tocar, el Humo deja de jugar con la realidad y a duras penas logro pegar el rojo derecho, el izquierdo me arde por el Humo, a la rendija de la puerta. Es ella.

—No quieres hablar conmigo. Sé que me excedí con lo de tu despido. Discúlpame pero... — insiste con sus tetas— aparte de los quinientos mil, tengo muchas cosas que darte; si haces ese encarguito para mí. —dice, alejándose un poco de la puerta. La veo de cuerpo entero; como una foto en blanco y negro: Piel, pelo y vestido ajustadito en los muslos.

Cierro la puerta y paso el pestillo; ella se queda al otro lado. Una mujer como esa es peligrosa como las gorgonas de Los Cerros. Putas con implantes hipnotizadores, movimientos seductores, piel con modificaciones afrodisíacas y una lista de muertes grafiteadas en los muros por sus nalgas.

—Esta es la última oportunidad. Sí no haces lo que te pido pandillerito. Lo próximo que vendrá es la Metropolitana y de cabeza para tu potencia. Me oíste Z15. Esta vez la sangre de médico internacionalista no te va a salvar.

Sus taconazos bajan la escalera y me deja un sabor amargo en la boca. Esta usa la cabeza, por eso es mucho más peligrosa que las otras.

Su tarjeta se había colado por debajo de la puerta.

Me cita en un lugar agradable donde no encajo. No sé qué hacer con la copa de martini: tengo miedo de romperla con la boca. Solo pienso en una cerveza fría en un vaso de cristal grueso como blindaje de casa de empeño. Ella conversa animadamente con una conocida de los laboratorios Futuro. Se despiden con un beso en la mejilla. Solo entonces me dedica una mirada con una sonrisa.

—No nos hemos presentado formalmente. Me llamo Melisa.

—Curui —le respondo incómodo.

—De estos quiero que te encargues —en la pantalla de su celular me muestra seis hombres y mujeres con batas blancas y juventud.

—¿Qué te hicieron?

Puedo ver como por un momento las emociones pelean en su cara: gana el miedo.

—Me están chantajeando. Ellos saben que soy una intensificada, y pueden destruir mi carrera. Nunca podré salir de ese barrio.

—¿Los Focos?

—Sí, no lo resisto, es tan.... Me siento como encerrada dentro de un parque ecológico lleno de fieras y tribus de negros con grandes escudos y lanzas...me entiendes.

—No —me doy un nervioso trago de martini. La copa no se rompe. Me doy otro—. ¿Intensificada? ¿Qué quieres decir? —no tengo mucho interés en saber. Solo quiero estirar mi tiempo aquí, en este bar, con esta hembra, tomando martini. ¿Quién sabe?

—Usé un sistema de rediseño neuronal y aprovechamiento de los impulsos electroquímicos, para ser más inteligente —hace una mueca de fastidio—. Costó mucho más que los ojos de la cara.

No entiendo nada. Se ríe. Sabe que mi cabeza es de una sola vía: o piensa, o la vacila

—¿Sabes donde están?

—Solo esta —señala a una mujer pequeña. Esa fue la cara pegada a la vitrina de la Sabrosa—. Vive en la Bonita, en el barrio Santidad. Esta es la dirección —la escribe en mi mano, la besa. Se me para. Se ríe. También lo sabe.

No pude hacerle nada, ni tan siquiera tocarla: cabrón martini. Cuando estuve en condiciones disfruté del desayuno que había dejado pago en el hotel: no sé cómo se llama ni como llegué. Sí sé como encontrar la casa plástica, apretada entre las demás, en el barrio Santidad.

Los años como Z15 siempre ayudan, solo tuve que preguntarles a unos chicos que jugaban dados en una esquina bajo el único poste con foco.

Los recuerdos aparecen, con desespero saco las tabletas de los bolsillos del pantalón. No rompo los contenedores. “Recordar es volver a vivir”, dicen aquí.

Hace tan poco mis hermanos de la pandilla y yo jugábamos dados, como esos de allí. Igual que allá, la patrulla pasa por delante y los alumbramos con los halógenos, como si fueran zombis. Allá, nos acercábamos a la patrulla en un callejón. El capitán se bajaba y nos miraba como perros y la comida para esos perros era un fajo de cinco mil, la dirección y las armas: ametralladoras cortas de pequeño calibre. Lo que teníamos que hacer a cambio era eliminar a una pandilla que se salió de control, y había tocado cosas que decían “no tocar”. En Los Cerros éramos las cobras, las manos negras. Hacíamos lo que la policía temía. Matar pandilleros en su territorio, en sus casas, acostados bajo sus gorgonas.

Eso pensábamos, pero además de matar pandilleros con la fachada de guerras urbanas, cubríamos el tráfico de drogas, esclavos. Un día lo descubrimos. Los más inteligentes pidieron una parte y se convirtieron en números en la morgue o ingredientes de un pan con perro. Los más cobardes salimos del país. Yo, gracias a mi tatarabuelo, médico internacionalista, y a una ley de ayuda a los descendientes por la vejez mal situada en este país.

Me tomo las pastillas. Se estaban destapando cosas bastante feas.

Analizo el terreno, hago algunas preguntas protegido por los tatuajes y cara de Z15, pandilla de la Virgen en los Cerros.

En este país es diferente. Los pandilleros son menos violentos, más inteligentes. Las preguntas resbalan y me acorralan en el pasillo de un solar plástico. Puertas cerradas, ojos en persianas, tres chicos con mochas y revólveres automáticos adulterados para minibalas del diámetro de un alfiler; te explotan dentro y caben a decenas en cada recámara de los revólveres. Logro quitarles una de las mochas y corro como nunca: escaleras arriba, salto muros, rompo puertas, me luxa un tobillo.

La maldita mujer trabaja para el plante local. Opciones, si alguna vez tuve, se acabaron. Matarla es realmente imposible si quiero llegar a los treinta. Matar a los otros, sí se pudiera pero no resolvería el problema. De todas maneras me quedaría esa maldita que trabaja para el juego. ¿Regresar a Los Cerros y que me vuelen la cabeza con los balines de una escopeta? No, gracias.

La solución llega con la rabia contenida y los deseos de matar a Melisa mientras chilla por el Motorola y pone un tope de tres días para terminar el trabajo, o inventa algo para que me deporten. Emigración le va a creer cualquier cosa si la acompañan los quinientos mil. Son buenos mentirosos.

La solución es sencilla: siempre ir por el camino más corto, y arrancar la mala hierba de raíz.

Matar a Melisa. Antes: seguirla, ver las personas con las cuales se reúne, la seguridad, su rutina diaria.

No me he tomado las pastillas, todas las gárgolas están con los lomos erizados y las bocas llenas de ácido y magma. Sus pasos, su perfume. Me cubro la cara. Saco la mocha metoplástica con los circuitos de calor sobre su hoja, la acciono arrastrando el dedo sobre el interruptor táctil; la luz de la resistencia cocida con alambre

refractario a la hoja, ilumina el angosto pasillo. No me reconoce, sus ojos solo ven la mocha roja, la luz roja, el asalto. No la dejo lanzar la cartera al piso y decir: tome, es todo lo que tengo. Por favor, no me haga daño.

El planazo incendia su cara, grita, maldice, huye, corre, tropieza, no llega a caer, clava las uñas a las pared para evitar derrumbarse en las losas. Se parten. Debe parecer un asalto. Se vuelve, con la cara quemada, roja por la carne viva. El filo corta su brazo, muslo y se atasca en el hombro, apoyo el pie en su estómago, se aferra al machete, no lo deja ir, se agarra a él aunque queme sus manos, el filo se hunde en las palmas de sus mano, su rostro es el foco de una última bala. Arranco la mocha de un tirón. Me ensaño. Igual que en los tantos asaltos en Los Cerros. Me ensaño como se me ensañaron aquí, ella, emigración, la policía, el cabrón país, su calor, el urbano. Los golpes se estrellan contra las losas, las parte en huellas agrietadas como impactos de disparos. Sigo macheteando, sigo...

Las pastillas bajan por la garganta. La úlcera arde. Respiro, miro a todos lados; por un momento había perdido la noción del tiempo. No importa el país. Nadie ayuda a nadie. Camino hasta Melisa y tomo la cartera. Todo debe parecer un asalto. Me guardo el efectivo, las tarjetas de crédito. Arranco las cadenas de aleaciones de oro y los anillos. Mis huellas están en todas partes, fui descuidado, pero tiene solución. Desmontarme las manos, venderlas, no será la primera vez, y comprarme algunas bioelectrónicas de segunda, no serán como las que tengo. Para la policía Metropolitana no será la primera ni la última vez que un emigrante venda sus manos para poder comer y aparezcan al lado de un muerto.

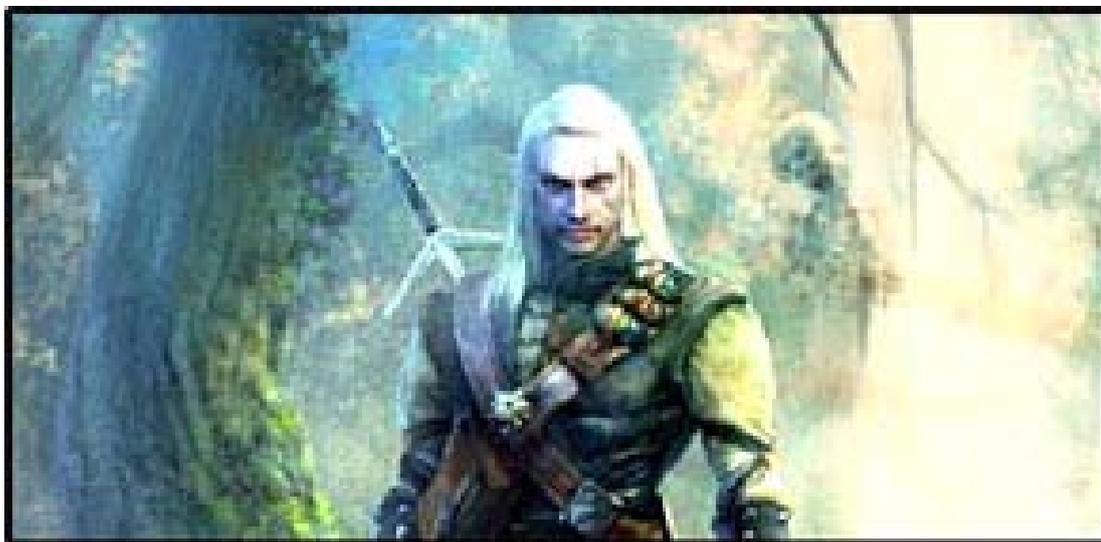


Dennis Mourdoch (La Habana, 1985). Graduado de Ingeniería Mecánica en el 2009. Graduado del curso 2010-2011 de técnicas narrativas del Centro de formación literaria Onelio Jorge Cardoso. Con el cuento *Geotérmico* obtuvo mención en el concurso Oscar Hurtado 2009 en el género de Ciencia ficción. Integrante del taller de literatura fantástica y de ciencia ficción, Espacio Abierto.

REGRESO A ERUAL

Pavel Mustelier Zamora

Mención Oscar Hurtado 2011 en cuento fantástico



En las inmensas llanuras se extiende el reino de Imnán. En el corazón del reino, construida en la cima de una montaña solitaria, la ciudad de Erual invita a mirar en derredor. Desde sus almenas el horizonte se desdibuja y al caer la noche las luces de las muchas comarcas parecen pequeños soles que parpadean.

Una hueste de trescientos jinetes se mueve rauda. Ya están por alcanzar los predios de Erual. Partieron hace muchas lunas de la frontera norte y les alegra ver en lontananza, insinuándose más que dejándose ver, las altas torres. Los guerreros están ansiosos de abrazar a sus seres queridos. Han dejado atrás los cuerpos desmembrados de sus compañeros que yacen en una tierra arrasada por la guerra.

Cansados y polvorientos vuelven los jinetes, orgullosos de haber derrotado a los rurks, considerados los mejores guerreros. Antes eran, los rurks, pacíficos montañeses que vivían en las cumbres heladas de Karrurk, la gran cordillera. En todos los reinos conocidos se atesoran esmeraldas, ópalos y rubíes traídos por los mercaderes desde el lejano reino, también pieles de osos gigantes que solo los rurks pueden cazar en los desolados parajes donde viven.

La razón por la cual los guerreros de cabellos grises se entregaron como posesos a la guerra y al pillaje se escapa de los recuerdos de los cronistas, del conocimiento de los sabios. Ningún juglar trae en sus baladas un poco de luz sobre lo que por fuerza lanzó a los rurks a la destrucción. Más que hombres son bestias que desdeñan la prudencia a la hora de hacer brotar la sangre, siempre pelean a muerte y la balanza se inclina a que sean otros los que caigan.

Justo en el borde de su altiva tierra tuvieron los rurks que replegarse llenos de rabia. Los jinetes de Erual les derrotaron y todos los guerreros de Imnán vitorearon a Grénwulf.

Montado en un caballo blanco, abre la marcha. Un penacho azul sobre el yelmo, habla del valor y la fuerza del joven caudillo. Fue él quien guió a la caballería, cuando todo parecía perdido. Se abrieron brechas en la masa de guerreros del Clan del Norte.

Guiadas por las diestras manos de los hombres montados, las espadas decapitaron a los enemigos. Después las huestes de a pie siguieron la senda de sangre de las brechas abiertas y completaron la victoria.

Ya han cruzado el río Esmeralda y se internan en las extensas llanuras del reino de Imnán. Unas pocas jornadas más y la ciudad de Erual les recibirá como héroes. Grénwulf quiere levantar un velo que cubre los últimos recuerdos. No puede recordar la carga definitiva contra los rurks y se conforma de mala gana con lo que otros le han contado.

Repara entonces en algo que por fuerza debía haber notado. De las manadas de caballos que habían quedado de reserva mientras combatían en la frontera, no ha visto ni una sola.

Al atardecer de la quinta jornada las grandes puertas de Eruval se abrieron para los recién llegados. Grénwulf miró el trono vacío que debía ocupar y se preguntó si honraría la corona que perteneció a su padre.

—Mi señor —escuchó y se volvió sobresaltado.

El viejo edecán se inclinó y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—El Castillo de Plata se complace con su regreso. Los preparativos para la coronación casi terminan —dijo el viejo.

—Ceñir la corona de Eruval es un hecho. Otra cosa será reinar en el país de los caballos y que no dispongamos de ellos ¿Sabes algo sobre el paradero de nuestras manadas?

—Mis ojos están cansados y no ven fuera de estos muros —dijo el edecán y pareció encogerse.

—Pues busca entonces quien te de alguna razón —dijo Grénwulf y se marchó rumbo a la armería. Globert, un gigantesco guerrero, le hizo compañía. Nadie podía acercarse al joven caudillo sin correr el riesgo de enfrentar su fuerza descomunal.

—Mi señor —dijo Globert mientras descuidadamente tocaba las armas de una panoplia—, algo oscuro se abate sobre la ciudad. He visto tres entierros desde nuestra llegada. Mandé hombres a investigar y...tres niños nacieron muertos. Otro tanto, dicen, ha ocurrido en los últimos días.

—Niños muertos y caballos desaparecidos —murmuró Grénwulf.

—¿Qué hacemos? —preguntó Globert.

—Convoca a Jiladrill. Quiero verlo en el Salón de la Luz.

—Pero, señor, ¿Jiladrill?

Por toda respuesta Grénwulf le miró a los ojos.

Desnudo se presentó el mago ante el trono ocupado por Grénwulf, mostrando su magro cuerpo. Pasó por alto las narices contraídas del joven monarca y de todos los presentes. Oler bien nunca fue parte de sus prioridades.

—¿Qué desea mi nuevo señor? —inquirió con voz aflautada.

Grénwulf se puso de pie, zafó la fíbula de oro que abrochaba su capa y con esta envolvió el cuerpo del mago.

—Es menester que me ayudes.

—Ya veo —entre los pelos sucios y enmarañados de la barba del mago afloró una sonrisa desdentada—. Tal vez me permitas descansar mis viejos huesos en el trono. Son muchos los años que pesan sobre mi espalda —dicho esto avanzó apoyándose en su báculo y tomó posesión en el trono.

Grénwulf haciendo oídos sordos a los desfavorables murmullos de las damas y los hombres de armas, hincó una rodilla en el suelo y bajó la cabeza en señal de sumisión.

—Es hora —dijo calmo— de que sanen las viejas heridas. El trato que recibiste en vida de mi padre será corregido.

Las mismas gargantas que le vitorearon cuando derrotó a los rurks, pronunciaron palabras de desprecio, pero no lo suficientemente altas como para llegar a los oídos de Grénwulf o de su fiel Globert.

—Para ser un cachorro eres bastante avisado —se divirtió Jiladrill.

La desfachatez del mago hizo que todos enmudecieran. No pocos imaginaron que le decapitarían en el acto, pero eso no estaba en los planes de Grénwulf. Si algo había aprendido en los largos meses que duró la campaña contra el Clan del Norte, era que una jugada precipitada, aún en nombre del honor y la gloria, no siempre conducía al éxito.

—¿Qué decir de ti, gran mago de Eruval? Escondes las buenas intenciones tras un muro de excentricidades. No me asombraría si se te ocurre ceñirte mi corona e ir por todo el reino dando órdenes caprichosas.

—Deduzco que un asunto muy espinoso reclama ser resuelto —dijo Jiladrill poniéndose de pie—. Pondré toda mi valía en ello pero a cambio de algunas condiciones que revelaré cuando así lo estime.

—¿Cómo se atreve? —preguntó en voz alta un chambelán.

—¡Absurdo! ¡Absurdo! —exclamó una dama de compañía.

—Este mago es un despropósito —se indignó un caballero.

—¡A la hoguera! —exclamaron otros.

—¡A callar! —la orden del príncipe Grénwulf hizo que los presentes se tragarán las palabras—. Me basta con la presencia de los capitanes de las tres banderas de nuestro ejército. Agradezco a los demás el interés mostrado por los asuntos del reino, mas me veo obligado a pedirles que se marchen ¡Ah! Me gustaría contar con un escriba y un verdugo.

Jiladrill guardó silencio hasta que solamente aquellos convocados por su señor estuvieron presentes.

—¡Qué agudo resultas mi muchacho! ¡Un verdugo! No necesitaré de su filosa hacha, torcerme el pescuezo será más fácil.

—Decías —le interrumpió el príncipe— que tus servicios deben ser recompensados.

—Cierto es, pero contadme de qué se trata.

—Dos cosas me preocupan por igual —dijo Grénwulf sin dejar de dar pequeños paseos por la estancia.

—Los niños nacen muertos y los caballos han desaparecido del reino —dijo el mago y cuando Grénwulf asintió le soltó la risa en la cara. Al terminar de reír tenía los ojos enrojecidos. Globert a duras penas se contenía para no matarlo de un solo golpe.

—Pues bien, has pillado el asunto —Grénwulf se alisó la melena con las manos—. Es hora de que te pongas a desentrañar el misterio.

—Un mago —por primera vez el tono de la voz no fue divertido— no debe interferir en los asuntos de los hombres de armas, pero dejadme saber cómo han quedado dispuestas las tropas del reino desde la última campaña. Un hombre alto, de recio bigote esperó a que el príncipe le concediera la palabra.

—En el sur se mantienen tres cuerpos de coraceros y dos alas de caballería. Aunque las tribus nómadas hace mucho que respetan la paz, es menester evitar alguna que otra escaramuza. En el levante y el poniente los ríos y pantanos son nuestros principales aliados. Un pequeño ejército en cada extremo del reino es más que suficiente.

—Si me permite mi señor —intervino Semitar, general de todos los jinetes del reino—. Las tropas de la frontera norte son las más numerosas. Aunque los rurks han sido derrotados por nuestro príncipe no tardarán en reorganizarse. Además estas fuerzas permanentes también protegen al vecino reino de Irida.

—¿Irida? ¿No es ese... acaso no es de tan remoto reino que procede su prometida, mi príncipe? —preguntó el mago y los ojos brillaron cual carbones encendidos.

Las palabras del mago apartaron por un momento a Grénwulf de lo que allí trataban. Deseó con todas sus fuerzas que la princesa Vrila llegase. Cuando sus hombres se repusieran debía partir hacia el norte con un gran contingente. Para ese momento quería estar desposado.

—Disculpad mi distracción...

—Al parecer el corazón de nuestro príncipe no solo es fogoso en el combate —dijo el mago y a la vista de todos se introdujo un dedo huesudo en la nariz—. ¡Me los como! Debéis intentarlo alguna vez.

—Mi señor —intervino Globert—, es imprescindible perder su valioso tiempo con este charlatán.

—Calma, calma amigo mío. Te aseguro que contar con él es la mejor de las suertes.

—¡Aciertas! —dijo el mago—. Ahora obséquame con un poco de tu sangre.

No bien terminó la última palabra y tres hojas afiladas apuntaron a su cuello.

—Por favor mi príncipe, acceda —la voz de Jiladrill se tornó sumamente persuasiva.

—¡Tu daga, Globert! —ordenó el príncipe.

Sin vacilar se hizo un corte en un dedo. Las gotas rojas cayeron sobre las pulidas losas. El mago adelantó dos pasos, apartó la capa del príncipe que le cubría y orinó. Inmediatamente el charco aumentó de tamaño y los hombres, incluido Grénwulf, retrocedieron. No tuvieron que esperar mucho. Mudos de asombro contemplaron en la superficie líquida una escena conocida. Eran ellos mismos enfrascados en una lucha brutal contra los rurks. Al frente de los jinetes el penacho azul del príncipe. Las brechas abiertas en la marea de guerreros de pelo gris...

—¡Busca príncipe Grénwulf! ¡Rompe el velo que cubre tus recuerdos! ¡Busca un enemigo desarmado! ¡Un arcano!

—¿Cómo hacerlo? Son miles de guerreros...

—¡Busca! ¡Busca! ¡No uses tus ojos! ¡Mira dentro de ti!

El rostro de Grénwulf palideció, gotas de sudor resbalaron por la frente y el cuello.

—¡Allí! Le veo en la colina...tiene el torso desnudo, atravesado por una lanza. Está golpeando el suelo con sus patas de león...me señala, me señala con un dedo. Apuro a mi corcel, estoy enloquecido. Siento la carne de los rurks abrirse a cada golpe de mi acero, sus huesos quebrarse. Los que caen son sustituidos por otros ¡me cierran el paso! ¡No me dejan llegar a él! ¡Globert a mí! ¡Adelante lanceros de Erua!...Ruge y me espera con los poderosos brazos abiertos. Aferro mi espada con ambas manos y...la cabeza de pelo rojo cae bajo los cascos de mi caballo.

Entre el general Semitar y Globert sostuvieron a Grénwulf y le condujeron hasta el trono. Alguien le alcanzó una copa de vino.

—¿Dónde está Jiladrill? —preguntó.

—Allí.

Envuelto en la capa del rey el mago estaba acurrucado en un rincón como si fuese un perro. Grénwulf caminó con dificultad y se sentó al lado de Jiladrill. Sintió como sus fuerzas se renovaban.

—¿Por qué estas tan abatido? —quiso saber.

—Lamento que escuches esto pero tu padre era un rey de pocas luces. Me mantuvo mucho tiempo como una rareza del reino y ¿ya ves?, hasta los magos necesitamos un poco de práctica. Integrante del taller Espacio Abierto de literatura fantástica y de ciencia ficción Ordena que me traigan agua de algún manantial y estaré como nuevo.

—Así será.

Las grandes puertas del salón de la Luz se abrieron y los soldados dejaron pasar a un correveidile.

—¡Mi señor, ya está aquí! La princesa Vrila ha llegado a Erua —dijo y bajo la pintura los ojos le brillaron.

—Pero...que esperas mujerzuela ¡Hazla pasar! —dijo Grénwulf con falsa dureza y el correveidile se marchó sonrojado no sin antes echarle una mirada a Globert.

Vrila entró y se fundió en un abrazo con Grénwulf. Solo por respeto al héroe que derrotó a los rurks los presentes bajaron la mirada ante la visión de la princesa. Como una fresa la boca se destaca en el blanco rostro de la muchacha, enmarcado por un cabello negro y copioso. Llevaba un escote amplio donde asoma la carne tibia y los pantalones ajustados de finísimo cuero marcan la solidez de unas nalgas perfectas. Pero son los ojos los que desarmen el corazón de los hombres, un par de aceitunas que forman círculos perfectos.

El correveidile regresó con un balde de madera repleto de agua y una copa. Miró en todas direcciones buscando a Globert, pero como este no se dignó a mirarlo, hizo un mohín de disgusto y se marchó. Por su parte Jiladrill bebió sin hacer uso de la copa, se despojó de la capa y se plantó frente a Vrila y Grénwulf, interrumpiendo un apasionado beso. Ella no perdió el aplomo ante el enjuto cuerpo del mago.

—Querido —le dijo a Grénwulf—. De veras que las costumbres extravagantes de tu reino no dejan de asombrarme. Al parecer los de Irida nos quedamos atrás.

—Disculpa a nuestro strafalario mago.

—No creo que siendo ella la primera condición quiera disculparme.

—¿A qué te refieres? —inquirió el príncipe esperanzado en haber escuchado mal.

—Yacer con su esposa una noche de luna es mi primera condición para deshacer la maldición del arcano enemigo que enfrentaste en el norte.

—¡Traidor! —las manos enguantadas de Grénwulf atenazaron el cuello del mago. El gigante Globert y el general Semitar tuvieron que emplear todas sus fuerzas para impedirle que lo estrangulara.

—¡Ejecútenlo al amanecer! —sentenció Grénwulf sin contener la rabia.

Las horas se escurrieron lentamente para Jiladrill. No era la primera vez que un soberano de Eruval lo enviaba a las mazmorras. Conocía más de un truco para librarse de las cadenas pero nada intentó. Ya se darían cuenta que un mago no pone condiciones por capricho, si no, correría la suerte de su tío Arleco que fue empalado por los soldados turios cuando predijo una mar en calma en el sitio en que se dieron cita tres tifones que destruyeron la flota turia. No podía ocurrirle nada peor que a Orloff, su bisabuelo paterno, al que quemaron vivo por hacer tratos con un dragón negro para quedarse con parte del oro. Grénwulf —pensó—, volverá para disculparse y...

—Hablo por boca de mi amo —dijo el correveidile desde el otro lado de los barrotes—. Serás ejecutado al amanecer, aunque la bondad sin límites del príncipe te permite escoger el modo en que prefieres morir.

—Si no quieres que te convierta en una rana hazle saber que cada hora que pasa significa un niño que muere al nacer y la muerte de los caballos que quedan diseminados por el reino ¡Ah! Llévale mi segunda condición...Que todos los guerreros del reino de Imnán abandonen los territorios conquistados, en especial el lejano norte, para que las hordas rurks puedan expandirse a su antojo y quiten su pérfida mirada de Eruval.

El correveidile transmitió el mensaje del mago a Grénwulf sin omitir una sola palabra. Los gritos del príncipe se escucharon en todo el palacio. Ni siquiera el amor de Vrila logró atenuar su ira. De dos en dos bajó los escalones que le llevaron a los fosos oscuros. Abrió de un tirón la puerta de hierro y encaró a Jiladrill.

—¿Ya estás listo para que te mate con mis propias manos?

—Bonita manera de perder la corona, la cabeza y el reino todo —respondió el mago.

—¿Tengo que creerte? Me abruma tu poder —se burló Grénwulf.

—Al parecer en tus venas corre la insensatez de tu padre.

—¿Por qué le odias tanto?

—Hubo una época en que Karrurk era considerado el confín del mundo. Nadie había visto a un guerrero rurk a no ser los mercaderes que se adentraban en los encumbrados territorios cargados con todo tipo de bisutería y regresaban con pieles de animales nunca vistos en la planicie. Arhawulf, tu padre, era apodado “El Martillo de Imnán” y su fama de hombre fuerte creció y creció hasta que cegado de poder tomó una nefasta decisión: extender la frontera más allá del norte lejano —seguro de haber captado la atención de Grénwulf el mago continuó—. Se las arregló con mucha astucia para convencer a los vargios del Este para que atacaran el reino de Karrurk. Las hordas vargias, mal armadas y sin un líder capaz, penetraron en territorio rurk. Los guerreros de pelo gris cayeron sobre ellos armados con espadas largas, lanzas y escudos. Les barrieron sin piedad. Durante el breve verano rurk miles de cabezas vargias se pudrieron ensartadas en altísimas astas.

—¿Qué ocurrió después?

—La derrota de las tribus del Este fue tomada por Arhawulf como una ofensa a su condición de soberano. La ira no le impidió reconocer que gracias a su precipitada decisión los clanes rurks dejaron de estar dispersos y formaron el Clan del Norte que perdura hasta nuestros días.

—¿Por qué mi padre no le ofreció una paz digna a tan terribles adversarios? Eso hubiera hecho yo —Grénwulf había olvidado que Jiladrill era su prisionero.

—Lo hizo mientras en secreto preparaba un gran ejército. Sin duda tu padre era muy buen capitán y bajo su mando las tropas extranjeras penetraron en los sombríos valles y conquistaron muchas fortalezas rurks. No sabía en ese entonces que tras la primera cordillera de cumbres nevadas existía otra más alta y otra y otra más. Tan enorme era el país de los rurks que cuando se reunieron todos los que deseaban aplastar a quienes habían hollado su suelo, Arhawulf comprendió que debía replegarse con sus tropas antes que el crudo invierno le cortase la retirada.

—¿Escapó?

—Son los rurks los mejores guerreros pero no tienen caballos. Nunca serán buenos jinetes. Arhawulf regresó a Eruval al frente de la caballería y dejó a su suerte a muchas tropas de a pie que fueron masacradas. Entre los caídos estaba el mago de Eruval, mi predecesor. Quiso la suerte que sus heridas sanaran bajo el cuidado de mujeres de

largas y grises melenas. La suerte quiso más: todos los prisioneros fueron ejecutados al estilo rurk. Cayeron despeñados desde cumbres de vértigo. Sin embargo, la vida del mago fue respetada. Pero nunca dejó de sentirse extranjero a pesar de la hospitalidad de los montañeses. Dejó que la ira se apoderara de su sangre, que el rencor le nublara la bondad que por naturaleza debe anidar en el corazón de un mago. Se permitió el lujo de la venganza. La traición de tu padre le alimentó hasta el fin de sus días, le dio fuerzas para conjurar y conjurar. Invocó a innumbrables seres, ofreció su vida y poder a quien le escuchó desde un lugar remoto, fuera del alcance y la imaginación de los hombres. Ya sabes a quien me refiero.

—El ser con patas de león que mi espada decapitó.

—Es él. Antes de morir descargó todo su poder sobre el linaje de tu padre. De un solo golpe condenó a todos los que viven bajo la corona de Eruul. Un pueblo sin descendientes se extingue como el fuego en el mar. También les arrebató su mejor arma: sin caballos no existen jinetes.

—Sin jinetes no se les puede derrotar —la frase se escapó de los labios de Grénwulf.

—Por eso mi segunda condición. Es preciso que retires las tropas de la frontera norte. Así evitas que prosigan los combates. Por cada guerrero rurk que caiga morirá un corcel y una madre perderá al hijo que está por nacer.

—De ese modo el reino de Imnán se verá reducido —dijo Grénwulf con voz apagada.

—Al menos tendrás un reino.

—Lo perderé si los niños mueren.

—No si aceptas la primera condición —dijo Jiladrill y el príncipe recordó que conversaba con una rata asquerosa que pretendía yacer con su prometida.

—¡Eso nunca!

—¿Cómo piensas revertir el maleficio? Solo la semilla de un mago puede, a través de la soberana del reino, proteger a todas las mujeres.

—Prefiero morir —concluyó Grénwulf.

Como un poseso irrumpió en la alcoba de la princesa. El correveidile intercambiaba afeites con la princesa Vrila. De un puntapié Grénwulf lo echó.

—Pero... ¿qué ocurre? —fue todo lo que Vrila pudo decir.

Las fuertes manos del príncipe le rasgaron la ropa. Grénwulf la desvirgó en el suelo desoyendo las protestas y los gritos. Con un frenesí incontrolable la poseyó una y otra vez. Cuando terminó, sudoroso y ebrio, ya empezaba a amanecer y la princesa le miraba resentida y admirada.

La tercera noche mostró una luna grande y la claridad se filtró por los ventanales del Castillo de Plata. Desnuda, Vrila recibió a Jiladrill. Con los labios apretados y sin expresión alguna en el rostro le dejó hacer. Esa noche desde las inmensas llanuras del reino regresaron cientos de caballos y el llanto de los recién nacidos se dejó escuchar por doquier.

Durante veinte años Globert, el senescal de Imnán, mantuvo con vida el reino dentro de las apretadas fronteras que los rurks les dejaban.

Grénwulf respetó la tercera condición que Jiladrill le había impuesto. “Un rey maldito no puede gobernar, solo así su sangre limpia y renovada tendrá la corona y el reino”. Vio crecer a su hijo junto a Vrila. Aprendió con los años a perdonarle que, en las noches iluminadas por la luna, llorara sin consuelo ante la tumba de Jiladrill.

Un día de invierno Grénwulf I condujo a su ejército muy al norte. El penacho azul del yelmo de su padre ondeó en la tierra inhóspita. Los pocos guerreros rurks que quedaron con vida se lanzaron desde las altas cumbres. Con ellos murió para siempre un pueblo altanero y valiente que un día tuvo en sus manos la cima del mundo.



Pavel Mustelier Zamora (La Habana, 1962). Licenciado en Bioquímica por la UH. Actualmente trabaja como profesor de Ciencias Médicas. Ha publicado trabajos científicos relacionados con su especialidad, como **Desarrollo de medios diagnósticos y Estrés oxidativo**. Integrante del taller Espacio Abierto de literatura fantástica y de ciencia ficción. Con su poema **Inevitable réquiem** recibió una Mención en el Concurso Oscar Hurtado 2010 en la categoría de Poesía fantástica.



EL TIEMPO DE LAS BESTIAS

Suset González

Detrás del aire los monstruos
despiertan el insomnio
y revierten su historia...

El minotauro,
arropa en las gasas del misterio
la hondura nebulosa del tiempo.
Su extraña naturaleza
naufraga en las ondas de lo arcano,
con un rito hierático y carnal.

En la plaza sitiada por las sombras
un coro de eunucos
aúlla a un Dios sordo
mientras las brujas de la noche
caminan despacio entre las letras

con el arte de la voluptuosidad
en incierta conciliación con el mundo.

Una crisálida escapa de su ostracismo,
voltea la página en perfección,
y se eleva sobre la multitud
que aguarda el desagravio
con el puño enfurecido de otros tiempos
en un mar de luz desconocido.

Por la callejuela de la misericordia
merodean las imágenes distantes
que resuenan en el espejo vertebrado
de la memoria añeja,
mientras las bestias invaden en comunión
los insondables zarzales del tiempo.

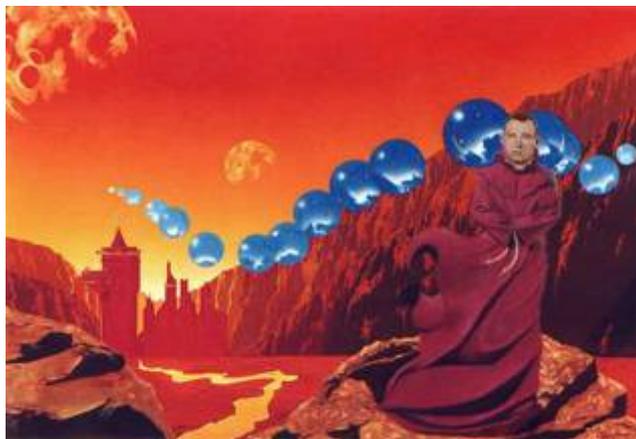


Suset González Roditi (La Habana, 1995). Cursa el 11no grado en el IPH José Martí de Habana del Este. Escribe, pinta y diseña. Ha obtenido premios en varios géneros literarios, ha participado en 10 exposiciones personales y 24 exposiciones colectivas. Su obra ha sido publicada en el Boletín Sol Radiante, municipio Regla, por el periódico Juventud Rebelde Septiembre del 2007, en Semanario Opus Habana, Revista Pionero, Tribuna de la Habana, Boletín de Actividades de la Oficina del Historiador de la Ciudad, Radio Jaruco Abril 2008, Canal Habana, programa infantil Ponte al Día, en los Boletines de la Asociación Canaria de Cuba. En los libros **Antología de Minicuentos de niños escritos para adultos: SOS Ternura**

de la Editorial Extramuros, Cuba. **Libros sobre el agua** años 2008 y 2011, auspiciados por el UNICEF para el concurso Trazaguas (Volumen 4 y Volumen 5) *Mi agua querida*. En las Revistas Pionero No. 118 (marzo 2009), No. 120 (mayo del 2009) y No.122 (julio del 2009). En la Antología de la Décima **Esta cárcel de aire puro II** volumen, Editora Abril, 2011; en las antologías de los juegos florales 2008, 2009 y 2010 de la Asociación Canaria de Cuba.

DIOSES IDOS

Kevin Fernández Delgado



En la ciudad muerta de Korad
hay una estatua de un hombre que copia de un libro.
Detrás, azules, sienas, murmullos
de los transbordadores y la humedad
bajo los trajes espaciales
pero no más, un cadáver en la simple plenitud
en la roca orbitando, simple lunar
del sol verde, faro y energía,
para los viajeros del futuro aún más futuro,
curiosidad, quizás,
para quienes encuentren los registros
testimonios, bitácoras,
de la ciudad moribunda de Korad,
y antes la madura, la joven, la infantil,
el primer módulo no tripulado, la primera instalación,
pormenores casi crueles,
como escribir en papel comestible
mientras el hambre aprieta.

¿Alguien vivo llegará?
o serán meteoritos, cometas incapaces de leer,
con otra existencia,
de rutas y espantosas elipses

que les impiden comprender aquella raza
con su segundo tan meticuloso.

Aún la ciudad muerta de Korad tiene su escudo
contra rocas
la unidad de mantenimiento.
En un vivero artificial robots autorreparables
plantan incienso para las tumbas de los colonos
instintivo ritual a dioses idos.
Allá luz verde, mucha luz verde, faro, energía,
maravilla de la tecnología de los ingenieros
astrofísicos
sinfonía perfecta
completada con sangre del compositor
hasta morir.
Y la estatua a la entrada, aún copiando, aún
Hurtando.

Quiera el polen la suerte de la abeja,
pues los pantanos tiñen puertas de acero,
y los ojos ¿Para qué ojos que no vean?
¿Para qué luz, si sólo polvo y rocas?

17 de marzo 2010



Kevin Fernández Delgado (La Habana, 1982). Licenciado en Español y Literatura. Egresado del Centro Onelio. Ha publicado **Páginas encogidas** (cuentos, Editorial Extramuros, 2008). Ganador en el 2008 del Gran Premio del concurso de minicuentos El Dinosaurio con **Gallina**.



Proyecto Arcángel

Por Humberto García

”Un Arcángel es representado como una elevada potencia espiritual, y qué es el arte y la literatura, sino la potencial elevación del espíritu humano”



El proyecto Arcángel surge en la primavera del 2006. Un grupo de amigos se reúnen en casa de Hunver (Humberto García, hoy director del proyecto), para jugar rol y celebrar una que otra fecha significativa para ellos. En una de estas festividades surge la creación de un proyecto cultural con el objetivo de unir a diferentes exponentes del arte fantástico.

En un inicio su propósito fue trabajar mancomunadamente en la realización de obras plásticas, musicales y literarias inspiradas en dos universos fantásticos, Occasus y Phantasia, creadas por Humberto García y Hansel Pico. El grupo inicialmente se conformó por apenas nueve integrantes. Hoy, lamentablemente, algunas de estas personitas no se encuentran junto a nosotros.

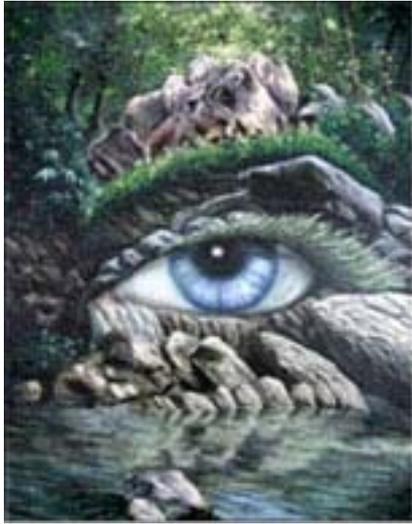
Sin una estructura correcta, el incipiente grupo se presenta en el 2006 al Evento de arte fantástico: Concilio de Lorien. Entusiasmados por los resultados determina crear un Triunvirato Directivo integrado por Humberto García Martín frente a la sección de Lúdica y Literatura, Hansel Pico González en Artes Plásticas y Abdel Rodríguez Vidal en la sección de Música. Además se acordó un Reglamento que regiría a todos los integrantes del Proyecto Aura, como se le nombró inicialmente.

Enfrascados principalmente en la creación de la Orden, en el 2007 se ven de pronto participando en el Evento **Arco de Korad**, organizado por la creación Espiral.

Tras conflictos internos del grupo deciden cambiar el nombre y surge A.R.C.A.N.G.E.L como nombre provisional. Arcángel colabora en todas sus posibilidades con el evento y así es reconocido por sus organizadores. Con relación al nombre actual de la orden a veces cuestionada, Hunver aclara que no tiene una orientación religiosa y plantea que el término se refiere a un ser sobrenatural y por ende fantástico, el cual ha sido tratado en innumerables ocasiones en la iconografía, pictografía y literatura del mundo occidental, por sus más eminentes artistas. En el margen de este evento presentan varias obras plásticas y el debate del juego de Rol creado por ellos.



Malevolous, Hunver



El triste llanto, Juan Carlos Senra

incorporación de nuevos integrantes al grupo.

Hunver convoca a verdaderos líderes de este proceso renacentista, y el proyecto comienza a marchar hacia adelante. El 3 de septiembre del presente 2011 se inaugura la Exposición **Auras de Arcángel**, exposición que se mantendrá hasta el 27 del propio mes, en la Galería de arte de San Miguel del Padrón, en la Virgen del Camino.

Arcángel es un proyecto que mantiene una estrecha relación con otros proyectos plásticos, escénicos y musicales como por ejemplo: el evento Espacio Abierto, el taller de artes plásticas y literatura de igual nombre, así como el Proyecto Dialfa-Hermes y el informativo Estronia.

A fines del 2007 el proyecto Arcángel, ya con una constitución más sólida, realiza las exposiciones Luz del saber I y II.

A inicios del 2008 en coordinación con Sheila Padrón directora del Proyecto de Divulgación "Dialfa-Hermes" se realiza una conferencia en la Biblioteca Rubén Martínez Villena bajo el título de Angiología y la demonología en las regiones judías, mazdeistas, cristianas y musulmanas.

Tras un año de profundas crisis para el proyecto Arcángel en el 2010 esta Orden retoma fuerzas y comienza una oleada de nuevos trabajos.

En el mes de octubre del 2010 en coordinación con Antonio Lee se realiza un evento a pequeña escala en el propio seno de la organización con la idea de retomar contactos con antiguos miembros y reincorporar nuevas figuras al proyecto.

Paralelamente Hunver retoma contactos con Sheila Padrón e informa la



El león de Crotón, Adrián



El domador, Maykel Fajardo

Directiva de la orden cultural de arte; lúdica y literatura plurifantástica y mística “Arcángel”

Director y Coordinador General: Humberto García Martín “Hunver”

Asesor: Antonio Lee Capin “Tony”

Coordinador de Artes Plásticas: Enrique Guisado Triay

Coordinadora de Artes Escénicas: Elaine Vilar Madruga

Coordinador de literatura: Johan Moya

Coordinadora de Música: Yiliana Naranjo

Coordinador de Ludrica: Geiver García Garrido “Driver”

Membresía común: Iván Suri, Maybel Gallardo, Hansel Pico, Janet Ruiz, Maikel Fajardo, Nancy Betancourt, Armando Molina “Mandy”, Adrian Peña, Ariel Iri van, Juan Carlos Senrra, Yusdany Triana “Dany”, Yareny Santana, Mailin Berbes, Abdel Rodríguez, Ana Paola, Grupo de Metal Gótico “Charmed”, Mercedes Caron, Daniela Ramos, Ernesto Negrón, Boris Suri, Michail García, Oleg Rodríguez, entre otros.

Colaboradores: Roger Socarrás, Martín Socarrás, Arianna Orellana y Luis Torres “Wicho”



Asecho, Enrique Guisado



Crónica de unas vacaciones¹

Niurka Alonso y Claudio del Castillo



Desde que nos casamos, Pedro y yo hemos tenido que luchar mucho para alcanzar un buen estatus de vida. Yo quedé embarazada casi enseguida y eso alteró nuestros planes. Hoy Joelito tiene ocho años y se nos ocurrió que era hora de tomarnos unas vacaciones.

Después de discutir, analizar y calcular hasta la saciedad, decidimos cumplir un viejo sueño: pasaríamos el fin de semana en el hotel *Panorama Galactic*, uno de los principales centros recreativos del Cinturón de Kuiper. A Joelito le ha encantado la idea. Es normal; a su edad un viaje espacial es toda una aventura. Además, está lo de la “cosa rara” que todo niño desearía traer consigo para vanagloriarse ante a sus amiguitos.

Por fin ha llegado el viernes y estamos en un crucero, con otros cien pasajeros. Haremos escala en Marte y Plutón para reabastecer de combustible la nave que lleva los turistas de la Tierra para el hotel.

Del viaje no hay mucho que contar. Como en todos los viajes, al principio los pasajeros se saludan discretamente, calculan a quienes se van a acercar, con quienes entablarán amistad en ese tiempo... Al final, uno se aburre y deja de prestar atención a la gente. Y así, seis horas después de mirar la nada por las claraboyas, aterrizamos en la Terminal Aeroespacial de Fieeor, la ciudad más cosmopolita del plutoide Quaoar. Ni bien recogemos el abultado equipaje, nos montamos en el aerobús que nos conduce hasta el *Panorama Galactic*.

La primera impresión es que en vez de llegar a un hotel, hemos llegado a un zoológico. Los huéspedes salen a recibir al grupo para ver la nueva especie que se incorpora. Al menos eso hacen los no habituados a estos intercambios. Tenemos que pasar entre dos hileras de curiosos que no sabes si te dan la bienvenida o te calculan como plato para el almuerzo. Agarro a Joelito bien fuerte de la mano y comienzo a pensar si esto no es un error. ¿Cómo podré estar tres días aquí sin soltar a mi hijo? A Pedro parece no importarle. Con una sonrisa amplia saluda a todo el

¹ Crónicas de unas vacaciones surgió como un ejercicio del taller literario Espacio Abierto: escribir un cuento a cuatro manos. Para esto se sortearon las parejas y el azar tuvo la feliz idea de emparejar a Niurka con Claudio. Uno en Santa Clara, la otra en La Habana, pero ambos con similares inquietudes humorísticas. El resultado no podía ser otro que este hilarante relato.

mundo; estrechando efusivamente zarpas, tentáculos y pedipalpos. Camino por al lado de algo peludo que me hace estornudar. Bueno, a mí sola no; la fila de terrícolas ha ido estornudando en ese punto del camino y continúa así con los que vienen detrás de mí. Trato de adivinar qué especie produce esta reacción alérgica para no acercarme a ella durante la estancia. Pero eso deja de preocuparme cuando un poco más adelante encontramos otra que nos produce una picazón en los brazos...

¡Uff!, por fin en la habitación y con el programa en la mano... A ver, a ver... *Restaurante las 36 horas, con horarios escalonados por especies y tipos de comida...* Pedro y Joelito dicen que probarán las “exquisiteces” de otros planetas. Por mí sólo iría en los horarios de la Tierra. ¿Qué más tenemos aquí?... *Las visitas a la jungla del norte sólo se recomiendan de noche, cuando duermen los fungos.* ¿Qué coño será un fung?... *Excursión mixta a la pradera de los plantimales...* Opción interesante, si supiera lo que es un plantimal. ¡Bah! Concentrémonos en lo típico, lo que no puede faltar en un hotel. ¡Hmmm!... *Piscina, gimnasio, masajes, baños de vapor...* ¡Muy bien! Mientras sean de vapor de agua y no de metano o ácido sulfúrico, me apunto desde ya. Nada mejor para quitarse el cansancio del viaje.

Sobre una mesita encuentro un librito explicativo de las especies que frecuentan el hotel y sus costumbres. Pedro le confiere la pomposa categoría de “manual de xenobiología”.

—En casa tenemos uno, ¿recuerdas?

“Manual de xenobiología”, ¡ja! “Bestiario” querrás decir. Si no, ¿cómo clasificar el bicho de esta fotografía, largo y delgado como una serpiente y con más de cincuenta ojos en el dorso? Se asemeja a un ciempiés bocarriba, a un peine... qué sé yo...

—Son vitreolos y viven en Disnomia —me aclara Joelito, quien me ha arrancado el manual de las manos y lo hojea con avidez.

—Y estos, ¿ves?, son los ñorñoritos del plutoide Makemake —lo secunda Pedro—. Unas criaturas muy peculiares, que se comunican con todo el cuerpo. Y estos de acá...

Dejo a los “niños” en lo suyo, me visto de bata y chancletas y me dirijo a la sauna del hotel.

Creo que no he empezado con buen pie. En la puerta reza en caracteres del Idioma Universal: *Sólo para nudistas*. Asomo la cabeza al interior y no veo ningún terrícola, especialmente a ningún “macho” terrícola. ¡Magnífico! Entro.

Es inenarrable el impacto visual que produce un alienígena encuero. Cualquiera pensaría que sería escabroso para un habitante de la Tierra identificar sus órganos reproductores, de tan ajena que nos es su fisionomía. Pues de eso nada. Bien claros que se notan sus... con esos... y tan... tan... En fin, que me obligo a no mirar para no desmayarme o... excitarme. Sí, excitarme. Y que me perdone Pedro, pero es que aquel venusino... ¡por favor! Ahora me percató de que quizá el proceso se dé también a la inversa, así que me quito la bata pero cubro mis partes pudendas inferiores con las manos. No estoy acostumbrada a este tipo de cosas.

Me recuesto en una plataforma para recibir en mi cuerpo el abrazo caliente del vapor de agua, cuando siento que alguien se acerca. Luego de incorporarme de un salto, encaro a un... ¿cómo se llamaban?... ¡vitreolos!, eso es. Debe de ser un anciano, pues se apoya en tres bastones y sus seis patas raquílicas tiemblan como juncos. Decir que el ente recorre mi desnudez con los ojos sería inexacto. En realidad, ha distribuido estratégicamente cada una de sus pupilas verdosas en lo que debe haber dividido en zonas corporales de interés, todas de mis rodillas para arriba. El vitreolo guiña el decimotercer ojo (de izquierda a derecha) que mira en dirección a mi rostro, y con voz de violín desafinado grazna:

—¡Menudas tetas se gastan las terrícolas!

¡Sí, ha dicho “tetas”! Y me consta que el Idioma Universal incluye la palabra “senos”. ¿Cómo asumir el soez comentario, de implicaciones claramente sexuales? Después de pensármelo mejor, desecho cualquier acto violento, pues no distingo en el vitreolo algo así como una cara donde largarle un sopapo; y no creo que un chancletazo en un ojo le haga demasiados estragos. Decido, entonces, tomar sus palabras como un cumplido. A fin de cuentas, no deja de tener razón pues he visto lo que se mueve a mi alrededor dentro de la sauna. Y yo en particular no estoy tan mal dotada. En ese aspecto fui la reina indiscutible en la Universidad. Le doy las gracias al atrevido alienígena con una leve sonrisa, sin poder ocultar cierta dosis de vanidad, hasta que hacen su entrada dos mujeres vitreolas. ¡Por Dios! ¡Esas sí que son tetas! Tienen una sola en un extremo del largo chorizo que es su cuerpo, pero tan grande y desproporcionada que las hacen lucir como maracas. Invocando sus ancestros al “viejito jodedor” me pongo la bata y salgo del baño echa una furia.

Pedro me ha dejado una nota en la habitación: *Nos fuimos a comer. Te esperamos.* ¿Están locos? El programa aclara que este horario corresponde a los jablais. ¡Qué remedio! Sólo espero que el clima tropical de Mercurio sea propicio para la cosecha de plátanos o algo parecido. Con tal que no tenga espinas... o muerda...

La familia en pleno reunida a la mesa augura una tarde agradable. Digo “reunida” por decirlo de alguna manera: la mesa que nos ha tocado en suerte mide ochenta metros cuadrados de área por cinco de altura. Y eso que era una mesa para dos. Jablais, claro. Pedro y yo estamos parados sobre nuestras sillas, alejados uno del otro a un grito moderado de distancia. Le hemos pedido al *maître* de turno (jablais también) que suba a Joelito en la mesa para que no le suceda como a nosotros, que nos golpeamos la barbilla contra el borde cuando masticamos el aperitivo que nos han servido. Muy sabroso, por cierto.

—Me recuerda las maripositas chinas, allá en la Tierra —comento, a la par que tomo una, la sumerjo en el burbujeante zumo agridulce y la degusto con fruición.

Pedro, engullendo a dos carrillos, dice:

—Para ser expectoraciones de *gagatuán*, están muy ricas, la verdad.

No necesito que Pedro explique qué es un *gagatuán* para que yo devuelva en mi plato algo no mucho más cochino, ciertamente, que lo que me acabo de comer. Joelito ríe a mandíbula batiente y estoy a un tris de sonarle dos nalgadas, cuando el *maître* nos convida a que solicitemos el plato principal.

—¿Qué nos recomendaría usted? —pregunta Pedro, pues yo no me atrevo.

—Si el bolsillo se lo permite, el *crunch* en su salsa, que está como para chuparse los *birloros*. Seleccione el *crunch* que desee, captúrelo usted mismo (como es la tradición Jablais) y entréguelo para enviarlo a la cocina —dice el *maître*, y apunta hacia una especie de pecera que hay en un extremo del restaurante. Desde el grueso cristal nos observa, con su ensarte de colmillos en disposición combativa, una docena de... de... pirañas (podría llamarlas así) del tamaño de un San Bernardo. Pedro mira al *maître* y parpadea:

—¿No tienen algo más... ligerito? ¿Qué tal unos chicharrones de *hosteghatopinkshus*? Unos langostinos tampoco estarían mal... ¿Hasta más tarde? Una pena. ¿Sabe qué?, olvídalo. Ya estamos repletos. Esas expectoraciones de *gagatuán* tuyas superaron nuestras expectativas ¿No es así, querida? —vuelvo a vomitar—. Es más, déme tres raciones para llevar. ¿Cuánto le debo?... ¡Ah!, por favor, ¿sería tan amable de bajar al niño de la mesa?

Al retirarnos evito pasar junto a la mesa de una nutrida familia de Jablais. Antes los sorprendí cuchicheando con el *maître*, quien negaba algo enfáticamente mientras señalaba a mi hijo. En ese momento no me preocupé pues aquí es normal llamar la atención de cualquiera; pero por las miradas de reojo que siguieron prodigando a Joelito, el nerviosismo con que agitaban sus tenedores y la perreta de tres de sus niños...

El tiempo se va volando. Será porque el entorno, los huéspedes y sus hábitos no dejan de traerme sorpresas de rato en rato. También puedo dar por sentado que la estoy pasando casi mal. Lo mismo digo de Joelito, quien no acaba de encontrar el souvenir adecuado para llevar a casa. Para levantar nuestra moral hoy sábado he decidido llevarlo de excursión a la tan mentada pradera de los plantimales. Pedro no viene con nosotros; argumenta que el cuerpo le pide cama. Él se lo pierde.

Nos acompaña una docena de turistas; entre ellos Apotegma, el anciano vitreolo, quien se ha erigido en guía no solicitado (al menos por mí) pues conoce la región al dedillo.

—He estado en este hotel más veces que ojos tengo —alardea.

Y le creo. Escuché que en Disnomia el oro se da como el plátano burro, así que los vitreolos han amasado una fortuna envidiable por cualquier habitante del Sistema Solar. Como la pradera queda un poco lejos, hemos alquilado *talmas* para hacer el viaje. Un *talma* es la versión limusina del caballo terrícola. Me basta alquilar uno para mí y el niño; vamos sobrados de espacio. A mitad de camino una pareja de jóvenes venusinos se acerca a Apotegma:

—Venerable anciano —dice el macho—, mi novia y yo decidimos no continuar con ustedes. Necesitamos hacer algo... a solas. Muy cerca de aquí está la jungla de los *funqs* así que...

Creo que Apotegma no capta la indirecta pues contesta:

—Ahora los *funqs* están despiertos. ¿Por qué mejor no se van a cazar *gambusinos*? En esta zona hay a millares. Si quieren los acompaño y les muestro cómo se hace. ¡Es muy divertido! ¿Trajeron sacos y una lata?

¡Será cabrón! No me puedo contener.

—Muchachos, váyanse a la jungla de los *funqs* y hagan lo que tengan que hacer allá —sonríe—. No le hagan caso a este viejo. Por contradictorio que parezca, hace rato que no debe verla pasar, no sé si me entienden —agrego, y les hago una seña.

Parece que no me entienden, pero de todas formas se van a la jungla de los *funqs*.

Seguimos viaje inmediatamente, aunque yo estoy algo enfurruñada. Reprendo a Joelito sin motivo: que si agárrate bien del *talma*, que si no hagas bolitas con los mocos... El vitreolo ha notado mi mal humor y aún tiene ánimo para dirigirme la palabra:

—No pensaba decírselo pero sí, se lo diré. Soy muy rico... Bueno, eso ya debe saberlo. En cualquier lugar del Sistema Solar donde haya un pedazo de roca y un hotel, ahí ha estado quien le habla. Y créame dos cosas: el único sitio donde no he visto *gambusinos* es en la Tierra, y el único donde quedan *funqs* es aquí, en Quaoar. Cierto, lo olvidaba, es que ustedes les llaman *dragones*... Los venusinos son una raza que se considera superior. Alegan que sus ancestros emigraron de Vulcano, un planeta destruido por una tragedia tecnológica. Como nadie da crédito a su historia, se han vuelto muy paranoicos y se deprimen con facilidad. Tarde o temprano terminan suicidándose; lo que sin duda iba a hacer esta pareja cuando traté de impedirlo. Pero... no se aflija. Morirían tarde o temprano.

Me sumerjo en negros pensamientos y no abro mi boca hasta que avistamos la pradera de los plantimales. Admito que es magnífica. Los “árboles” se mecen al cadencioso ritmo que les impone la brisa, y hasta se me antoja que murmuran.

—¡Parecen vivos! —grito entusiasmada, revelando de inmediato mi total ignorancia en cuanto a la definición del término “vivo”.

La comitiva se dispersa para contemplarlos más de cerca. Apotegma, en su *talma*, nos sigue a Joelito y a mí. ¿Será que le gusto? ¿Qué asco!

—Señorita, sé el “vivo” al que se refiere y le garantizo que sí, que lo están. Por ejemplo, frente a nosotros tenemos un ejemplar de loretta. Nombre científico *Loretta plurilingüis blasfemae*.

Odio el latín. Esos nombres no me dicen nada. El vitreolo señala un “roble” de veinte metros de altura; me arrimo al soberbio ejemplar. Joelito acaricia la corteza con la yema de sus dedos y exclama:

—¡Mamá, es suave como el pellejito de las nalgas!

De las ramas del plantimal penden unos frutos semejantes a ostras, de colores verde y rojo chillón.

—¿Y para qué sirve su loretta, sí se puede saber? —le pregunto a Apotegma.

—Diga lo que se le ocurra y verá. Bastan una o dos palabras.

—Me toma el pelo, sin duda... —lo hago lo mejor que puedo—: Pe... Pedro.

—¡Pe-Pedro, tarrú!

—¿Quién dijo eso? —Mi exclamación es retórica pues he visto con mis propios ojos cómo la “ostra” más cercana abría sus valvas para pronunciar en perfecto español.

Joelito brinca como un loco sobre el *talma*, con peligro de caerse. Y se embulla:

—Almeida.

—¡Almeida joputa! —dice la loretta en tono de falsete.

El director de la escuela nunca le cayó bien a Joelito. A mí tampoco, la verdad; citándome a reuniones por cualquier tontería...

—¡Mamita, mamita! ¡La quiero, la quiero! —exclama el niño, gozoso. Imagino que no aceptará negativas; ha encontrado lo que deseaba. Joelito se dispone a arrancar la rama de la que pende la “ostra”, cuando Apotegma interviene:

—Yo no lo dejaría hacer eso. Recuerde que la loretta está viva.

—Igual dicen de las lechugas y buena hartera me doy con ellas. Tómala Joelito y vámonos, que se hace tarde. Luego ponemos el gajito en una maceta y...

No debió hacerlo. Y yo no debí comparar una lechuga con una loretta. Por lo menos en cuanto a propensión al encabronamiento y vitalidad esta última la supera con creces. Arrancar Joelito la “ostra” y lanzar el plantimal un rugido, desenterrar las raíces y correr a paso vivo detrás de nosotros fueron una misma cosa. No sé el de Apotegma o el de los demás turistas, pero mi *talma* perdió siete herraduras en el trayecto de regreso. Sin contar que se cagó dos veces y la melena no le crecerá en largo tiempo. Montábamos a pelo y fue mucho lo que tuve que azucar al pobre animal para perder de vista a la loretta furiosa.

El domingo: piscina.

Hay unos cuantos huéspedes, aunque no está totalmente llena. Me tapo la nariz y me lanzo al agua. La temperatura es muy agradable. Joelito se va para el trampolín con Pedro y dos niños terrícolas más, a los que se unen dos lánguidas niñas venusinas y un ñorñorito.

El padre del ñorñorito aprovecha para venir a “conversar” conmigo. Como se comunica con todo el cuerpo y obviamente no sólo con el suyo:

—¡Oiga, oiga, para decir *buenas tardes* no es necesario que me quite la tanga!

Para colmo de males, cada vez que intento apartarlo, ronronea y se estremece como si tuviera un orgasmo. Resumen: mi baño dura menos de cinco minutos. Me despido del ñorñorito con una patada en el culo (mi traducción arbitraria a su idioma del *hasta luego* terrícola) y me voy para la zona del trampolín con Pedro.

Me acomodo en una tumbona y me obligo a relajarme. En eso estoy cuando comienzan a picarme los brazos y veo que el asiento de la derecha ha sido ocupado. Recordando que en el recibimiento había alguna especie que nos produjo esta alergia, decido meterme nuevamente en la piscina. Igual he cogido sarna y quizá el cloro...

¿Por qué no me habré fijado en que todos habían salido del agua? Cuando veo a Pedro y Joelito gesticulando y gritando desde el borde comprendo que algo anda mal. Sin saber qué, nado como una posesa hasta el rebosadero y subo a pulso. Mi marido y mi hijo se doblan de la risa.

—¡Pareces una mandarina!

¡Ay!, esos simpáticos “gaticos” de Ceres. Destilan una tinta naranja a través de sus poros, pero como se evapora del agua en unos minutos, no se les prohíbe bañarse. Sólo hay que tener la precaución de no entrar si ellos lo hacen, porque el efecto en el cuerpo sí dura varias horas.

¿Por qué no me habré leído todo el manual de xenobiología?

Llega la noche, la víspera de nuestra partida. Como es lógico, la presión de tres jornadas con dieciocho horas diurnas se hace sentir. Los tres caemos derrumbados en la cama y en breve entramos en un profundo sopor. En la madrugada, me despierta un bisbiseo extraño y abro los ojos. Cerca del closet, dos “babosas” de mi tamaño se agitan frenéticamente, intercambian fluidos vía aérea y producen unos ruidos asquerosos. A mi grito de ¡*Biiiiichos!*, desaparecen (no sin adobarme la cara con un par de escupitajos). La algarabía congrega frente a nuestra puerta a medio hotel, que me ve salir corriendo semidesnuda y con mi esposo atrás intentando agarrarme. Pedro me explica que no eran más que gupianos:

—Seguramente borrachos con jugo de piña, al que son muy adictos. Les hace perder el control y terminan teleportándose sin dirección ni medida.

¡Lunes, día de regresar a la Tierra! ¡Taran!

Esta mañana recibí un precioso ramo de flores. Remitente: desconocido. La emoción me duró poco ya que tuve que sacarlo de la habitación pues motivó los celos de Pedro y, además, atrajo a cuanto insecto pasaba cerca del hotel. ¡Diablos, qué manera de haber sabandijas! Yo en particular me di gusto dando manotazos. Si alguna era huésped... su problema. En definitiva, carece de importancia pues ya estamos en la imponente Terminal Aeroespacial de Fieueor. Pedro parece haber rejuvenecido diez años lo menos, de tan satisfecho que está; Joelito carga orondo su maceta con la loretta, a la que tuvimos que sellar la boca con precinta; y yo... yo sólo me congratulo porque quedaran atrás el *Panorama Galactic* y mis malos ratos en el hotel.

El salón de última espera (excepto los venusinos, que según nos informaron no llegarán) se encuentra atestado de alienígenas. Parecen ansiosos por retornar a sus hogares. Mientras cuido el equipaje y la maceta, Pedro y Joelito se van hasta un mostrador para confirmar nuestras reservaciones. Muy cerca de mí escucho el *tic-tac-toc* de los bastones de Apotegma. Al notar mi presencia, el impertinente vitreolo se alza las gafas (imposibles de describir) y me guiña el decimotercer ojo. Enseguida me pongo en guardia.

—¿Sabe qué? —me dice—, desde que inicié mis andanzas por la Vía Láctea, me he dedicado a cuestionar a los seres de otros mundos: que si las carcajadas de este me aceleran el pulso; que si la mirada de rayos X de ese ponen al descubierto mi pirulí; que si las pesadillas de aquel me dan náuseas. Sin embargo, este año sólo he tenido ojos para sus tetas. Y creo que las extrañaré. ¿Me estará poniendo viejo?

Me dispongo a destapar su boca a la loretta y decir “Apotegma”, pero el anciano hace una reverencia y se despide con un elegante *Au revoir*.

Entonces, echo un vistazo a mi alrededor. Y ya no me parece el “ansia por dejar atrás” el motor que mueve a los alienígenas hacia las puertas de salida para tomar sus lanzaderas, más bien se asemeja al “afán por acortar la despedida”. En la puerta G15, dos ancianos jablais dicen adiós con sus *birloros* a una joven pareja de... lo que fueren. Eso, a pesar de la picazón que claramente se esfuerzan en disimular. En la fila de la H11, una “gatica” de Ceres abraza

de naranja a un gupiano; el cual, a medida que se seca las lágrimas, se me va antojando menos “bicho”. Algunos ñorñoritos le desean suerte y prosperidad a un grupo de humanos de la manera más escandalosa que cabría imaginar...

Sin duda, la estancia en el *Panorama Galactic* ha sido una experiencia única para todos. La pregunta de Pedro interrumpe el hilo de mis pensamientos:

–¿Nos vamos?

–Sí, nos vamos.

Tomamos los bultos y nos dirigimos a la puerta B3. Un instante después, movida por un impulso repentino, miro hacia atrás. Quiero decir algo, pero el *tic-tac-toc* ya se aleja.



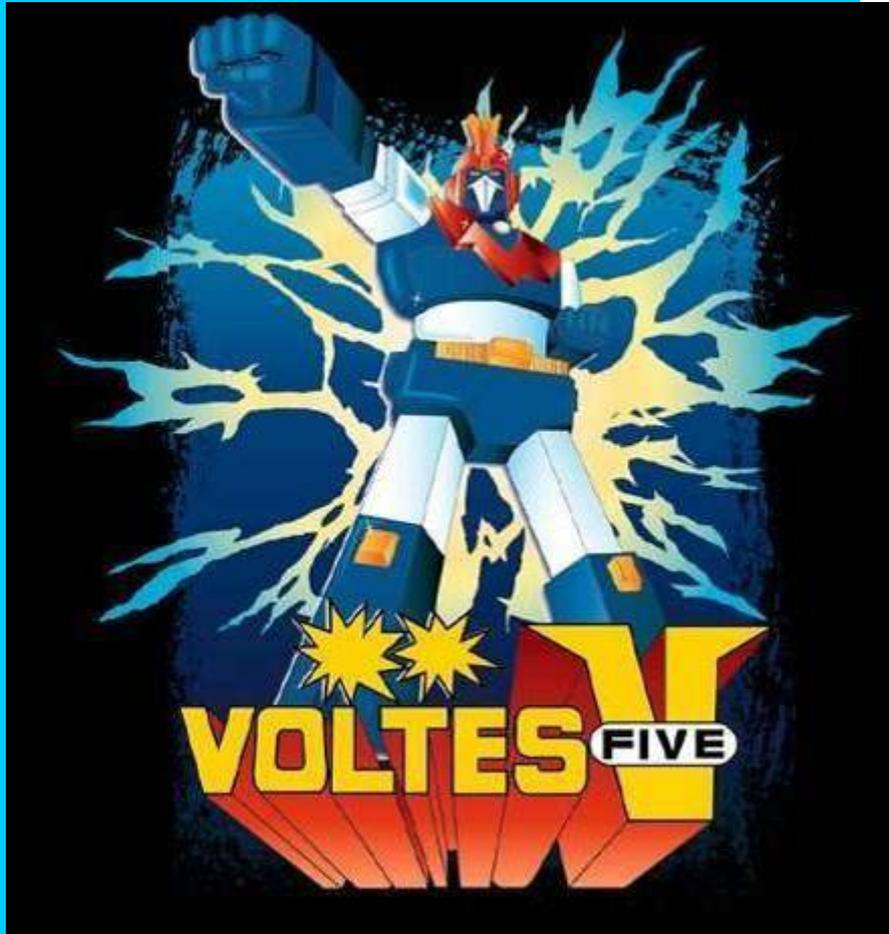
Niurka Alonso Santos (La Habana, 1963). Es Ingeniera en Telecomunicaciones y trabaja en ETECSA. Actual presidenta de la filial de Ciudad Habana de la Asociación Cubana de Esperanto. Aunque escribe desde hace muchos años, sólo recientemente comenzó a participar en concursos y en el Taller Literario de CF Espacio Abierto. En el año 2000 logró una mención en el concurso de Juventud Técnica con el cuento **Opiniones** y en el 2009 una mención en el Concurso de cuentos de Fantasía y CF Salomón con el cuento **Creación**, así como una Mención de honor en los Premios Andrómeda de ficción especulativa 2009 con el cuento **Kadoor**, el cual debe ser publicado en la correspondiente antología de la editorial Andrómeda. Su cuento **Un OVNI en la sopa** fue seleccionado para la antología Ciencia Ricción, en proceso de publicación por la editorial Abril.



Claudio G. del Castillo (Santa Clara, 1976). Es ingeniero en Telecomunicaciones y Electrónica y tiene un diplomado en Gerencia Empresarial de la Aviación. Actualmente se desempeña como jefe del departamento de Servicios Aeronáuticos en el aeropuerto internacional Abel Santamaría. Es miembro del taller literario **Espacio Abierto**, dedicado a la Ciencia Ficción, la Fantasía y el Terror Fantástico. Alumno del curso online de relato breve que impartiera el **Taller de Escritores de Barcelona** en el período junio/agosto de 2009. Ganador en 2009 del **I Premio BCN de Relato para Escritores Noveles**. Mención en la categoría Ciencia Ficción del **I Concurso Oscar Hurtado 2009**. Tercer Premio del **Concurso de Ciencia Ficción 2009 de la revista Juventud Técnica**. Finalista en 2010 en la categoría Fantasía del **III Certamen Monstruos de la Razón**. Premio en la categoría Fantasía del **III Concurso Oscar Hurtado 2011**. Finalista en la categoría Terror de la **IV Muestra Cryptshow Festival de Relato de Terror, Fantasía y Ciencia Ficción**. Primera Mención en la categoría Cuento de Humor del **Festival Aquelarre 2011**. Ha publicado sus relatos en **Axxón, NGC 3660, miNatura, Tauradk, Cosmocápsula, Qubit, Korad, Juventud Técnica, Cryptonomikon 4** y **Próxima**; así como en los blogs literarios del grupo Heliconia: **Breves no tan breves, Químicamente impuro** y **Ráfagas, parpadeos**.

GENERACION V

Por Yoss



En justicia, debí escribir estas líneas hace unos 30 años.

Más exactamente, aquel inolvidable verano a principios de los 80, en el que, mucho antes de que las aún entonces desconocidas palabra *manga* y *anime* conjuraran sueños sin límites para tantos, la magia de un animado *made in Japan* cambió para siempre mi vida y la de miles de niños y adolescentes como yo.

Pero como, ya se sabe, más vale tarde que nunca... allá va eso.

Es muy probable que al leer o escuchar estas palabras: **Borutesu Faibu** muchos se queden indiferentes. Porque, a fin de cuentas, por muy fans de sus “muñequitos” que hayan sido o aún sean ¿cuántos cubanos hablan, escriben, o al menos conocen más de tres o cuatro vocablos en el complicado idioma del País del Sol Naciente?

En cambio, basta con escribir o decir simplemente **Voltus V** y los ojos de toda una generación se iluminarán al instante, conjurando el sortilegio de la más deliciosa nostalgia.

Es como subirse a una máquina del tiempo.

Me resulta casi imposible desligar la historia del animado del robot gigante y sus repercusiones en el imaginario popular cubano de mi propia vida. Como mismo supongo que les ocurra a tantos de mi generación.

Así que las líneas que siguen están escritas, lo advierto, desde la más personal subjetividad, y son por tanto altamente susceptibles de estar plagadas de errores temporales. Pero ¿acaso importa tanto? ¿Es la historia tan sólo una sucesión de fechas... o tal vez algo más, que vibra en los recuerdos de quienes la vivieron?

Quisiera creer que lo segundo...

Era 1981, principio de las vacaciones. Todavía estaban frescos en la memoria los tristes sucesos de la Embajada del Perú, las Marchas del Pueblo Combatiente y el éxodo de la “escoria” por el Mariel, con sus despliegues de intolerancia fomentados por el gobierno, luego tan criticados, pero que tan naturales nos parecían entonces.

También, como contrapartida, hacía menos de un año que Tamayo había volado al espacio, convirtiéndose en el primer latinoamericano y el primer negro en visitar el cosmos.

Era la mejor de las épocas, en la que todo parecía posible...

Una noche, en **24 x segundo**, el hoy desaparecido y todavía muy llorado programa de crítica cinematográfica, Enrique Colina, sin pretensiones teóricas ni pedanterías metatranscosas (y que Dios, si existe, perdone al hace poco difunto Rufo Caballero por sus pecados), presentó algunos avances de lo que reservaba aquel verano el ICAIC en su programación de las salas oscuras para los más pequeños de la familia...



Ahí fue cuando el público cubano lo vio por primera vez: hermoso, gigantesco, marcial, rojo, azul, blanco y amarillo, combatiendo en el espacio con sus Látigos Espaciales y sus Estrellas Magnéticas contra naves y monstruos alienígenas. Y fue también ahí cuando muchos fiñes se juraron a sí mismos que aquella peliucita japonesa no se la iban a perder ni aunque tuvieran que cambiarse el nombre.

Confieso, por cierto, que en toda Cuba yo debo haber sido uno de los pocos infelices que no vio aquel avance... por estar en el baño cepillándome los dientes. Nunca me lo perdoné: durante las semanas siguientes todos los socios del barrio me hablaron maravillas de aquellos pocos segundos, haciéndome la boca agua y llenándome el corazón con la más negra y a la vez más pura de las envidias: la que un niño siente hacia otro que disfrutó algo que él no pudo.

En aquel entonces, aunque faltaban todavía algunos años para que osara escribirla, el niño-adolescente José Miguel, que pronto sería Yoss, ya adoraba toda clase de ciencia ficción... lo que significa que había devorado hasta el último libro de Julio Verne publicado en el país (y algunos más, gracias al tesoro que es la Sala Juvenil de la Biblioteca Nacional) así como un larga lista de antologías de cuentos y novelas soviéticas del género, de las editoriales Mir, Raduga y Progreso: **Viaje por tres mundos; Guianeya; 220 días en una nave sideral; Jinetes del mundo incógnito; Café Molecular; Plutonia; Un huésped del cosmos; La tripulación del Mekong; ¡Qué difícil es ser Dios! Cataclismo en Iris...** y etc.

Lo mismo que sus ligeramente menos numerosas contrapartidas capitalistas publicadas por Arte y Literatura en su maravillosa colección Dragón, creada por Oscar Hurtado: **Los mercaderes del espacio; El sol desnudo; Estoy en Puerto Marte sin Hilda, Crónicas marcianas;** y **El cerebro de Donovan.** Sin menosprecio de alguna que otra novelita de autores cubanos, como la metafísica **El Viaje** de Miguel Collazo, porque todavía no habían entrado al ruedo literario ni Daína Chaviano, ni Agustín de Rojas, ni F. Mond, ni Alberto Serret y Chely Lima, ni mucho menos Gregorio Ortega y Roberto Estrada... ni Richard Clenton Leonard. Por desgracia y por suerte, según el caso.

El que me gustara la ciencia ficción implicaba también, obviamente, que en vez de jugar a los piratas, cuando yo tenía la batuta, en la cuadra jugábamos a los exploradores espaciales y los comandos galácticos. Que había disfrutado viendo antológicos filmes del género. Algunos del campo socialista, como **Operación Bororo;** o **El silencio del doctor Ivens,** dos que sólo logré comprender muchos años después. Como el aterrador animado francés sobre dibujos húngaros **El planeta salvaje;** o el divertido film soviético **Ivan Ivanovich cambia de profesión,** en que gracias a una máquina del tiempo casera, el zar Iván el Terrible va a dar al Moscú contemporáneo...

Recuerdo sobre todo **El planeta de las tempestades,** soviético, sobre la exploración de un Venus lleno de dinosaurios por un equipo de cosmonautas; y **Señales,** de la RDA, sobre el rescate de los sobrevivientes al choque de un meteorito con una nave espacial... quizás porque en ambos aparecía una clase de personajes que ya desde mucho antes de leer sobre las Tres Leyes de la Robótica me habían fascinado: los robots.

Yo era un fan absoluto de los robots, del modo obsesivo en que sólo pueden serlo los niños, los autistas y algunos *otakus*, japoneses o no. De pequeño hice que mi madre me llevara a ver dos veces **La vida sigue igual,** y no porque me gustara mucho Julio Iglesias, sino porque en una escena aparecía un parque de diversiones en uno de cuyos edificios... había sentado un robot. La primera vez que mi padre, ingeniero electrónico especializado en televisión, viajó a Japón (¡que envidia!) para comprar los equipos del primer sistema de ese tipo que tuvo la Revolución (y el segundo de Cuba, porque ya había tenido lugar la histórica experiencia de los hermanos

Pumarejo en los años 50) el niño de 7 años que yo era entonces no le pidió ropa, ni zapatos, ni siquiera (y hoy lo lamento) una katana de samurai... sino ¿adivinan qué?

Exacto: un robot.

Recuerdo como si fuera hoy mi alegría cuando en una carta escribió que ya lo había comprado, describiéndolo en detalle: 12 pulgadas de alto, caminaba solo y abría el pecho para disparar con una ametralladora... y la alegría aún mayor cuando lo sacó de su maleta: aunque tardó menos de un año en dejar de funcionar, porque las pilas se sulfataron estropeando todo el simple mecanismo electrónico, aquel robot tuvo un lugar de honor entre mis juguetes hasta que terminé la Universidad.

Sin ir más lejos, una de las peores decepciones de mi vida había tenido lugar aquel mismo curso (mi séptimo grado en la Escuela Vocacional V. I. Lenin, que todavía no era Pre de Ciencias Exactas) un sábado de octubre del 80, cuando, de tan cansado que estaba tras una semana entera levantándome a la inhumana hora de las 6 de la mañana, me quedé dormido y no pude ver el filme **El Abismo Negro**, con su dotación de robots y humanos-robotizados dirigidos por el flotante y tenebroso Maximiliano, al que finalmente se enfrentaba y derrotaba el mucho más pequeño y a la vez más simpático Vincent...

Frustración que ni siquiera me compensó el, pocos meses después, por fin de año y esperando el 81, conseguir quedarme despierto para ver la todavía más inolvidable **Alien**, donde por cierto, también había un robot, aunque humanoide y malvado. Ni el que mi padre, haciendo uso de los privilegios que daba trabajar en TV, nos llevara un domingo por la mañana a mi hermano y a mí a ver en una inmensa videocassettera de Umatic (que entonces, por supuesto, me pareció el último grito de la técnica) nada menos que la todavía mítica **Guerra de las Galaxias**, con sus inseparables androides R2-D2 y C-3PO (en la versión española Arturito y Citripio)...

Aquel privilegio que durante medio curso contribuyó a cimentar mi prestigio entre mis compañeros de aula, gracias al subdesarrollado pero pintoresco y muy cubano expediente de contar la película: una práctica que, si bien en estos tiempos de DVDs y memorias flash se ha extinguido como los dinosaurios, en aquellos años era una habilidad social casi tan importante como saber bailar o contar chistes. Recuerdo que mi amigo Sadot, el primero en tener video en mi cuadra, nos contó una vez un film de ciencia ficción: 1997, **Escape de Nueva York**, dejándome con tremendas ganas de verlo con su gran ciudad gobernada por pandillas y su protagonista que todo el tiempo insistía en que lo llamaran "Snake" Plishkin... hasta que, ya bien entrado el siglo XXI (o sea, superada la fecha futurista del filme) descubrí que era un clásico, sí, de John Carpenter, con Kurt Russell... pero tan de serie B que ni el estreno de su nada afortunada secuela **Escape de Los Angeles** protagonizada por el mismo actor, logró que volviera a ser popular...

Pero basta de disgresiones...

Porque lo que realmente importa es que yo quería más y más robots. Como a Alberto Magno, a Karel Čapek y a tantos antes que yo, el concepto mismo de una máquina con forma más o menos humana, pero con decisión propia, me fascinaba. Y soñaba con ver en acción en la pantalla a robots gigantescos y poderosos, más aún que el siniestro e imponente Gor de **El día que paralizaron la Tierra**. Robots tan grandes y tan fuertes que fueran armas en sí mismos...

No sabía lo pronto que iba a ser complacido...

Pasaron las semanas, y como todos los niños, que sólo pueden tener en mente lo inmediato, olvidé con vergonzosa facilidad aquel avance que no había visto.

Era agosto, y yo estaba disfrutando Varadero, en el trailer de mi familia de Güines dispuesto junto a otros muchos en el campamento de Playa Las Calaveras, cerca del Rincón Francés (¡qué tiempos esos en que la Playa Azul no era todavía exclusivamente en divisas!) cuando, aquel jueves por la mañana, (más bien tirando al mediodía, porque siempre he sido dormilón) revisando por puro aburrimiento el periódico **Granma**, descubrí en la columna de Estrenos de la página Cultural una minúscula foto de un robot blandiendo una espada, y el nombre mágico debajo, sobre una sinopsis cuyo comienzo muchos tal vez recuerden tan bien como yo:

"El malvado imperio Barzam quiere conquistar la Tierra. Cinco muchachos, tripulando el robot gigante Voltus V, son la única fuerza capaz de hacerle frente a sus monstruos..."

Y ahí mismo me entró la carcomilla... tanta, que aunque en rigor a mi madre, mi hermanito y yo nos "tocaba", en la compleja rotación familiar, seguir en Varadero hasta el lunes, en un dos por tres recogí mi mochila y salí pitando para La Habana, haciendo uso (y casi abuso) de mis muy recientes atribuciones de "hombrecito".

Por supuesto, no me fui sin antes pedirle permiso a mi santa progenitora, a quien, dada mi vehemencia, no le quedó más remedio que concedérmelo... aunque a regañadientes. Y nadie me salvó de la retahíla de ultraprudentes admoniciones maternas: espera un poco para que te vayas ya almorzado, que nunca se sabe por el

camino; esconde bien el dinero que llevas; no hables con nadie; no te duermas en la guagua; no cojas botella ni aceptes ninguna bebida ni comida de desconocidos... más su firme promesa de llamar por teléfono a mi abuela, que me estaría esperando en la casa, porque yo debía pasar primero por ahí y sólo después ir al cine...

Por supuesto que no hice nada parecido: me monté en la primera rastra cuyo chófer me dijo “Pa’La Habana” y fue así que ese mismo jueves a las 5 y algo de la tarde estaba apeándome en plena Rampa, 23 y L, y enfilando directo al Yara ¿Pasar primero por mi casa y perder tiempo teniéndole que hacer el cuento a mi abuela, para que al final a lo mejor ni me dejara volver a salir? ¡Ni loco!

Entré al cine mochila al hombro, con peste a carretera y, según habría dicho mi abuela “tan rápido como un volador de a peso”. Hacía poco que la película había empezado (qué tiempos felices de tandas corridas en que uno podía “empatarlas”) y la primera imagen que hirió mis ansiosas retinas fue la de un inmenso monstruo-robot con alas de mariposa y cola de dinosaurio que clavaba sus pinzas en un portaaviones y lo empujaba con fuerza descomunal, para arrasar con la ola así creada una base militar de la costa.

¿No quería robots gigantes? Pues me habían dado por la vena del gusto; ipso facto me senté y creo que no parpadeé más en al menos una hora.

Tras la que, como es lógico, con la muy pausable excusa de ver los primeros minutos del filme, me quedé... y me lo “eché” completico de nuevo, regodeándome boquiabierto con cada escena como si fuera la primera vez.

Cuando llegué esa noche a mi casa, hambriento pero feliz, la reprimenda de mi preocupadísima abuela, al borde del infarto por mi posible secuestro y asesinato, me entró por un oído y me salió por el otro.

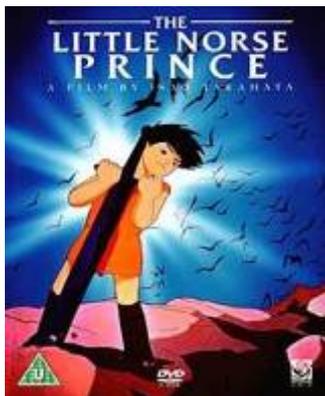
Mi vida había cambiado; cuando caminaba, mis pies no tocaban el suelo. Estaba en la gloria.

¿Qué era lo que había visto? Sólo cinco episodios burdamente unidos, en los que un robot gigante que se formaba al unir sus naves cinco adolescentes enfrentaba y vencía (siempre con la misma arma, la Espada Láser, tras usar todas las demás ¿para qué?) a otros tantos monstruos (podría investigarse sobre esa obsesión con el número cinco si no fuera puramente casual...) que constituían la fuerza de combate principal de una raza de alienígenas tan humanoide que era casi 100% humana, si bien algunos de sus miembros tenían de uno a tres cuernos en la cabeza. Pese a su mayor desarrollo tecnológico que les permitía volar más rápido que la luz para alcanzar la Tierra que intentaban conquistar, tales seres mantenían en Barzam, su mundo original, un anticuado sistema feudal-esclavista donde los que nacían con cuernos oprimían despiadadamente a sus infelices semejantes, casi humanos, que carecían de ellos.

Todo eso era cierto. En términos de ciencia ficción, se trataba de una space-opera más, ni siquiera especialmente original o imaginativa. Pero había más... mucho más, todo eso que no puede decirse con palabras.

Yo y tantos como yo sentimos latir la MAGIA, así con mayúsculas, en casi cada segundo de aquella historia. Todavía hoy no sé decir si el secreto estaba en que por primera vez veía robots gigantes en acción, en el mismo estilo futurista de la animación, o qué sé yo en qué...

Lo importante es que desde aquel momento yo era una víctima más de la maldición **Voltus V**. Más que en un fan, me había convertido al punto en un auténtico adicto sin remedio. Como tantos otros...



Oh, por supuesto, no era aquel el primer “muñequito japonés” que veía: ya, junto a tantos niños cubanos, me había deleitado con la magia para todas las edades del niño Horus enfrentando con su hacha a los lobos plateados del malvado Gowal empeñado en destruir su aldea, en **El pequeño príncipe del sol**, aquella épica recreación nipona de una leyenda noruega en la que sólo muchos años después supe que había trabajado quien luego sería el máximo mago de los estudios Gimli, Hayao Miyasaki; con la divertidísima y libérrima versión de **La isla del tesoro**, en la que Jim Hawkins era el único humano en una tripulación pirata de animales de toda laya, que capitaneada por el cerdo Silver trataba de localizar la mítica isla donde el capitán Flint había escondido sus riquezas.

Hasta ciencia ficción (bien al estilo catastrofista del Sol Naciente) habíamos disfrutado, con **El Imperio submarino**, inolvidable con su protagonista Astro y su mascota, una chita o guepardo, enfrentándose con su amiga la princesa del Imperio Submarino y sus inseparables pilotos-guardaespalda Pulpón y Tortugo al malvado rey Magno del Imperio Subterráneo que con sus dragones llameantes (dragones robots, por cierto) pretendía ¡qué raro! conquistar la Tierra.

Era aquella la segunda generación de la “invasión nipona” a las grandes pantallas. En la primera, que no fue todavía TE (abreviatura de “para todas las edades” por si alguien lo ha olvidado) llegaron Kurosawa con **Los siete samurais** encabezada por el fantástico Toshiro Mifune; y la larga saga de Sato Ichi protagonizada por ese gran

actor tan raramente recordado, Shintaro Katsu. Filmes a los que sucedió toda la larga caterva del “cine de samurais” que fascinó a nuestros padres y hermanos mayores.

También se vieron películas catastrofistas y más o menos de ciencia ficción, como aquella **Gorath** en la que, para evitar que un planeta radiactivo choque con ella y la destruya, desplazan a la Tierra de su órbita ¡montando gigantescos motores cohetes en uno de los polos! **El Hundimiento del Japón**. O aquel **Mensaje del Espacio** lleno de espectaculares explosiones y persecuciones de naves, una de ellas un barco de vela... que le dio migraña a mi madre y mucho después supimos la respuesta nipona a la entonces prohibidísima (por imperialista, claro) **Star Wars** de George Lucas, y en la que había, por cierto, un robot bastante patético, llamado BEBA-2... películas todas en las que nuestro planeta siempre escapaba por un pelo de la destrucción total.



Estuvieron también aquellos policíacos hiperadrenalínicos y estremecedores como **El superexpreso** o **Persecución Implacable**, que tuvieron virtualmente encolados a los asientos a nuestros espectadores antes de que los adolescentes nos fascináramos con las andanzas acrobáticas del mítico Momochi en **El ninja implacable**.

Oh, sí... el público cubano ya había aprendido a relamarse los labios cada vez que las luces se apagaban y aparecía aquella presentación con las olas rompiendo sobre el litoral rocoso de la Toho Films, o aquella otra con los indescifrables kanji circundados por una aureola de rayos. Películas a las que algunos críticos exquisitos echaban en cara su deficiente dramaturgia y sus exagerados efectos especiales (imposible olvidar aquellos rotundos chorros de sangre de las películas de samurais que hicieron decir a más de un médico cubano de que todos los japoneses padecían de gravísima hipertensión arterial...) pero que, sin duda alguna, en un tiempo en que las videocaseteras eran todavía un sueño lejano, entretuvieron a gusto a millones de espectadores cubanos.

Esos eran los antecedentes.

Pero el fenómeno de masas de **Voltus V** en Cuba rompió con todos los precedentes y expectativas.

Ni siquiera la popularidad alcanzada años antes por **Gigante**, la historia de Texas protagonizada por Rock Hudson, Liz Taylor y James Dean podía competir con aquella auténtica fiebre. Los niños hacían cola fuera de los cines, junto a sus sorprendidos mayores, dispuestos a ver con irrefrenable entusiasmo el mismo filme que el día anterior habían disfrutado, y cuyos parlamentos ya se sabían de memoria, aullando y alborotando cada vez que las cinco naves se unían. O cuando, esgrimiendo la Espada Láser, Voltus auguraba el cercano final del monstruo de turno.

Los que mejor sabíamos (modestia aparte) dibujar, sobre todo, nos convertimos en superasiduos al cine, tanto que casi nos comíamos la pantalla con los ojos, para tratar de aprendernos de memoria todas las características de los monstruos que luego reproduciríamos en papel en otras posiciones, en pequeñas obras maestras muy apreciadas entre los amiguitos del barrio y de la escuela. Yo mismo vi el filme cerca de 5 veces en aquellas primeras y frenéticas dos semanas después del estreno... y no fue ningún récord; Mayito, un vecino, la vio 12.

Otros pequeños dibujantes ni siquiera entraban al cine, y se contentaban con copiar meticulosamente los monstruos que aparecían en las fotos de promoción, los hoy casi desaparecidos “avances” sin importarles que fueran en blanco y negro.

Algunos luego hicieron sus propias historietas, ya fuera nuevas partes de la saga Voltus añadiendo episodios y monstruos de su muy personal inspiración, en espera de la siempre añorada “segunda parte” que todos sabíamos que tenía que existir, porque aquello no podía acabarse así...

Y otros crearon sus propios universos, en blocs laboriosamente llenados a lápiz, pluma o plumón que pasaban de mano en mano ajándose cada vez más a medida que nos hacían soñar. Historias siempre basadas en el modelo extraterrestres-invasores-que-quieren-conquistar-la-Tierra (aunque no tuvieran cuernos como los malvados de Barzam) y robot-heroico-que-se-los-impide-luchando-él-solo contra decenas de monstruos... y no voy a decir nombres, pero sé de más de uno que comenzó así y hoy es escritor, dibujante de comics o realizador de animados hecho y derecho.

Quizás intentando desmitificar al nuevo ídolo, Colina dedicó en **24 x segundo** un programa especial a los nuevos métodos nipones de animación, con uso de computadoras, que simplificaban el trabajo de los esforzados dibujantes, quienes ahora sólo debían dibujar el principio y el final de cada movimiento, porque las máquinas hacían el resto. Descubrimos entonces que, a diferencia de los clásicos de animación cuadro a cuadro o full animation, como **Blancanieves** de Walt Disney o **Elpidio Valdés** de nuestro Juan Padrón, cuyos personajes formaban con los labios los fonemas exactos de lo que luego dirían quienes ponían las voces, lo que hacía muy complicada la sincronización, los personajes japoneses sólo abrían y cerraban la boca... lo que, de paso, volvía mucho más simple su doblaje a cualquier lengua. Que todos los movimientos eran verticales, horizontales y

diagonales, que el estilo anime recurría a la cámara lenta y la foto fija cada vez que podía para ahorrar fotogramas, que los diseños típicos de sus personajes, con ojos enormes y cabellos en peinados y colores imposibles, se parecían mucho unos a otros... pero nada de eso logró que dejáramos de adorar a San Voltus.

Porque la furia no mermaba; cuando pasó el tiempo y las semanas se convirtieron en meses y las primeras copias en 35 mm empezaron a llenarse de defectos y hubo que recortarlas ¡cuántos no hurgamos en los latones de basura del ICAIC, en 23 y 10, buscando los inestimables fotogramas desechados de la película! Mágicos trocitos de celuloide cuyas rayas o decoloraciones no importaban, y que se coleccionaban, vendían e intercambiaban como si fueran sellos. Muchos fuimos los que logramos reunir los suficientes para, en derroche de paciencia asiática, pegarlos con scotch tape, y así poder pasarlos por aquellos inolvidables proyectores rusos de diafilms (los videos de los años 70) en nuestras propias sesiones hogareñas de la película, narradas con envidiable memoria eidética, a veces incluso imitando las voces del genial Frank González y compañía, encargados del doblaje.

Así fue como una generación entera nos aprendimos de memoria cada tribulación de Esteban, Berg, Juanito, Marcos y Yami, resistiendo desde su base con perfil de ave de presa, bajo la dirección del doctor Amstrong, cada intento del altivo príncipe Sardos y el brutal general Draksos por engañarlos, humillarlos y vencerlos con un nuevo monstruo o estratagema urdida en su base volante, la maléfica Supercalavera con cuernos.

Por cierto que el tono dramático del filme era bastante alto, casi excesivo, muy en la tradición trágica japonesa. Los buenos morían, salían heridos y eran reprendidos, y no siempre lograban imponerse a los malos, que a veces derrochaban tanto coraje como alevosía.

Todavía hoy a muchos se nos eriza la piel al recordar aquella escena en que la madre de los tres hermanos se sacrifica para salvarlos de la presa mortal de Pasanga, el imponente monstruo de las cadenas, con su trágica inevitabilidad en cámara lenta, muy de teatro Kabuki, mientras el avión de la heroica mujer se dirigía directo hacia el monstruo robot y sus hijos intentaban impedirlo gritando “¡Mamá, regresa!”

Qué frustración sentimos también cuando, en pleno espacio, y tras destruir sin gran esfuerzo al monstruo Bokil (pronto apodado popular y despectivamente “la cucaracha” y unánimemente considerado el que más pobre papel hizo en combate de los cinco adversarios del robot “bueno”) el invencible Voltus va a aniquilar con su mortífera Espada Láser nada menos que a la Supercalavera, sin que el rastrero recurso imperial de exhibir como rehén protector al padre de tres de sus pilotos funcione, porque ellos lo creen un robot... hasta que descubren sus lágrimas.

Lágrimas reales, de puro orgullo paterno al ver en qué grandes guerreros se han convertido sus hijos... y sólo entonces detienen el ataque permitiendo a la Supercalavera escapar llevándose a su progenitor prisionero.

¿Cuántos no pueden aún repetir el prepotente parlamento “*Soy la Superavispa del Imperio Barzam, y he venido a destruir a Voltus V y a todos los estúpidos terrícolas*” e incluso con el mismo vibrante tono mecánico? ¿Quién ha olvidado la terrible disyuntiva de Yami, ninja, hija y piloto? Cuando, escindida entre deber y querer, dejó el escenario de batalla impidiendo así a Voltus V unirse contra el Halcón, para ir a salvar a su padre, el severo comandante Robinson, que la abofeteó por su indisciplina pese a deberle la vida, e incluso herida la envió de vuelta al combate, con rigor muy nipón y muy militar.

¿Quién de nosotros no gritaba, aplaudía y chiflaba, en temprana prefiguración de los coros de las gradas en tanto partido de fútbol de estos tiempos, cada vez que la música anunciaba la unión de las cinco naves en el invencible robot? ¿Cuántos varoncitos no dedicamos alguna de nuestras primeras masturbaciones a Yami, bellísima con su larguísima melena negra, y que tan sexy se veía en minifalda y botas altas, muchos años antes de que una Yeyín *made in Cuba* bastante parecida monopolizara los sueños húmedos de tanto adolescente con afición por el fantástico?



Todos ansiábamos ver la segunda parte, y hubo incluso quien juraba y presumía de haberla visto. TENIA QUE EXISTIR, estaba claro, y aquella foto en el cine 23 y 12 de un monstruo que no salía en la película, humanoide pero con ruedas de pinchos en vez de piernas, era la prueba definitiva de que había más de lo que pasaban por los cines.

Estaba claro que el ICAIC había comprado varios episodios de una serie ¡una serie que podría tener 30, 40 ó 50, qué maravilla! Entonces ¿cuándo pensarían ponerla... quizás en las siguientes vacaciones?

Pero no hubo segunda parte de Voltus, por desgracia, al verano siguiente. Y como los niños cubanos reclamaban más historias de heroicos robots gigantes, ahí llegó **Mazingar**, que vencía con más esfuerzo y con más daños donde el majestuoso Voltus apenas si se despeinaba, que no tenía un arma tan definitiva como la Espada Láser y a veces tenía que enfrentar (¿cómo no se les ocurrió nunca a los de Barzam?) a varios monstruos enemigos al mismo tiempo.

Primero por televisión, con Koji combatiendo contra el Doctor Inferno y sus extraños seguidores, el Conde Decapitado con su cabeza bajo el brazo y el Barón Axel, con una mitad del cuerpo de hombre y otra de mujer, y sus monstruos-robot con cabeza de barrena y el esqueleto aullador; después por el cine, al principio compartiendo estrellato con el versátil Geta Robot, luego en desigual batalla contra las decenas de surrealistas engendros de la Antigua Mokayne y los siete ejércitos del General Negro (quien, por cierto, aunque con la cabeza que hablaba en el vientre, con aquella cabeza barbuda y con tres cuernos sobre los hombros, como muchos niños descubrieron, se parecía curiosamente a Draksos, ¿un homenaje a Voltus, quizás?) y su lugarteniente Bestia Monstruosa, a quien sólo derrota gracias a su hermano-versión mejorada Gran Mazinger, piloteado por Tetsuya...

Pero como ni siquiera Mazinger (que, siendo rigurosos, cronológicamente es anterior al gran flagelo del Imperio Barzam, lo que sólo supimos mucho después, cuando ya había hasta Mazinkaiser) no bastaba, ahí llegó **Yaltus**, presentado como hermano de Voltus V... y esta sí que era una película, una narración con principio y final: una excelente historia de calentamiento global e inundación, con universos paralelos y luchas entre especies humanas. En la que, a decir verdad, solamente desentonaba un poco el robot, que de todos modos, para el papel que jugó, bien podía no haber ni existido.

Y luego siguieron llegando más y más historias de nipoanimación, como la llama hoy el muy ameno y concedor Mario Masvidal cada sábado por la noche en **X-distante**, “los muñequitos para la gente grande” el gustadísimo programa del Canal Habana, privilegio de los capitalinos.

Vinieron, por el cine: **El castillo de los falsificadores**, primer filme del hilarante Arsenio Lupin III, creado por la dibujante Monkey Punch; **El pájaro de fuego**, donde también había un robot, aunque no gigante, sino femenino, la inolvidable Olga, y que mucho gustó, aunque buena parte del público infantil se quedó literalmente “botado” con la profundidad metafísica de su argumento; **Tecnopolicia**, un filme policíaco donde robots sofisticados forman junto a humanos una unidad especializada en combatir cualquier crimen cometido con medios de alta tecnología (en el filme un supertanque también robot) en la futurista Ciudad de los Centinelas; **Ciborg 007**, (otra serie mítica) con su team de protagonistas con poderes sorprendentes enfrentando nuevamente una amenaza alienígena; **Doraemón**, el simpático gato robot amigo del niño Novita, con su bolsillo lleno de artefactos mágico-tecnológicos fantásticos, y de quien en pocos años los cubanos disfrutamos de dos filmes deliciosos en la pantalla grande...



Y por la TV llegaron Luck, **El Superman de las Galaxias**, con su inconcebible, casi divino poder mental... y tantos otras héroes post-Astroboy y pre-Akira que hicieron las delicias de los chamas por años y años.

Pero seguía sin bastar. Así que el filón de las series animadas de ciencia ficción para niños nos trajo **Ulises 31**, colaboración franco-nipona, y luego **Espartaco y el sol bajo el mar**, cuyas pegajosas canciones-tema, incluidas en el doblaje al español con el que se compraron, aún puede repetir de memoria todo nacido entre el 60 y el 80 (y como todas las cifras, estas son un poco arbitrarias, lo admito).

O sea, todos aquellos a quienes, con permiso de Douglas Aaron Copland con su X y de Yoany Sánchez con su Y, me tomaré la libertad de llamar desde ahora Generación V. Y la V, por supuesto, es por **Voltus V**.

El efecto fue tan duradero que todavía por largos años, cada vez que el inspirado administrador de uno de esos cines de barrio que por desgracia ya van desapareciendo decidía volver a proyectar el filme en el horario de matinee, las lunetas se llenaban de nosotros... y algunos ya llevábamos a hermanos menores e incluso a hijos pequeños a comulgar con el sacramento Voltus, para que se unieran a la cofradía de los que estábamos en el secreto.

Luego aquellos niños y adolescentes seguimos creciendo. Y aunque muchos dejaron a un lado su gusto por los robots, en nombre de los problemas más acuciantes de la cotidianidad ¿quién podría censurarlos por eso?

Ni siquiera yo, que no claudiqué; terminé la secundaria y luego el pre, y aquella afición por la ciencia ficción y los robots me llevó a escribir mis primeros y horribles textos que le presenté a mi vecino Arnoldo Aguila (muchas gracias, Arnoldo, allá en el país malo donde se hacen las cosas buenas y en el que vives hace años... no sólo por haberme prestado tantos libros de fantasía y CF, entre ellos **El Señor de los Anillos**, sino sobre todo porque es muy probable que sin tu aliento y paciencia hoy no sería el escritor que soy) y que tras muchas críticas acabé llevándome a los dos Talleres Literarios dedicados al género: el **Oscar Hurtado**, en Plaza, dirigido por Daína Chaviano, y el **Julio Verne**, de Playa... verdaderos centros de reunión de freaks y nerds, a la vez que caldos de cultivo para autores del fantástico, donde tuve el privilegio de conocer en persona a nombres hoy tan

representativos en estos géneros (y otros) como son Eduardo Del Llano, Gina Picart, Raúl Aguiar, Bruno Henríquez, Roberto Estrada, Nelson Román, Sergio Cevedo y un largo etc, todos mayores que yo.

Tanto me ayudaron con sus opiniones y críticas, que en 1988, con sólo 19 años en las costillas, gané el premio David de ciencia ficción con un libro de cuentos, **Timshel**. Agustín de Rojas, F. Mond y Alberto Serret fueron los jurados. Por cierto, que uno de aquellos relatos, **El último halcón**, tenía como protagonista a un ciborg de guerra deprimido por su inutilidad en la paz que sucede al final de la contienda; fue mi secreto y discretísimo homenaje personal al viejo Voltus...

Luego pasó el tiempo y pasó todo lo que nunca nadie creyó que podría pasar: el juicio de Ochoa por narcotráfico y traición; la caída, primero del muro de Berlín y luego, en vertiginoso efecto dominó que probó que no ya el futuro, sino ni siquiera el presente de Europa pertenecía por entero al socialismo, del resto del CAME. La balkanización de la URSS; el Período Especial, los dólares prohibidos pero imprescindibles, las jineteras, el turismo...

Mi primer matrimonio con su correspondiente divorcio; mis primeros viajes al extranjero como escritor; publicar afuera, llegar a vivir, literalmente, del cuento...y de la novela, el artículo y la conferencia. Mi segundo matrimonio en Roma, aunque con una cubana (siempre he preferido el producto interno, sobre todo si no es bruto... juego de palabras bilingüe, porque en italiano “bruto” quiere decir “feo” y mi ex cónyuge, que aún vive en Trastevere, no lo era para nada...) Mis cinco años entre La Habana y la capital italiana, con visitas constantes a otros sitios de Europa. Mi segundo divorcio.

Y entre una cosa y la otra, primero en Cuba, en 1997, luego (lógicamente) en Roma, entre el 2000 y el 2004, tener, finalmente, algo impensado en los 80, porque casi parecía de ciencia ficción entonces: ¡nada menos que una computadora propia, en mi casa, donde teclear mis historias... y no solo!

El progreso tecnológico no se detuvo: con las computadoras y los CD, comenzó el tráfico de musicales, películas porno, documentales... y dibujos animados, de disco duro en disco duro. Con Internet, algunos pudieron descargar filmes, series y videoclips directamente de la red... entre ellos el tema de la serie, cantado por Horie Mitsuko, una *otaku* ataviada con una futurista chaqueta amarilla, el 29 de abril del 2000 en el Super Robot Spirit Live Concert... por supuesto, en japonés, bien que con subtítulos en ese idioma y en inglés.

Muchos aprovechamos y ahí mismo nos la aprendimos de memoria.

Vean si no...

Tatoe arashi ga hukou tomo

Tatoe oonami areru tomo

Kogidasou tatakai no umi he

Tobikomou tatakai no uzu he

Mitsumeau hitomi to hitomi

Nukumori wo shinjiau

Go nin no nakama

¡BORUTESU FAIBU ni!

Subete wo kakete

Yaruzo chikara no tsukiru made

Chikyuu no yoake wa

mou chikai.

Luego algunos hábiles e irreverentes animadores cubanos la parodiaron en su exquisito corto **M-5**, en el que el camello se convierte en un superrobot a su ritmo... éxito garantizado, al jugar con un significante tan arraigado en la consciencia de los cubanos como ese. O si no, digan: ¿quién todavía, al escuchar “tenemos que unirnos” no agrega casi automáticamente la traviesa coletilla “como **Voltus V**”?

Y al fin, un buen día, 30 años después, llegó lo que tanto habíamos soñado: La serie completa de Voltus.

Los niños que éramos no habían muerto dentro de nosotros, pero los de entonces ya no éramos, obviamente, para nada los mismos.



Porque ya habíamos visto horas y horas de animados de **Supergoldrake** y **Daytarn 3**, ambos, como Mazinger, precursores-contemporáneos de Voltus. Así como de la saga de los **Gundam** (combat mobile suit), el indiscutido

antecesor de todo el subgénero mecha. Ya habíamos visto esa obra maestra del mecha que fue **Evangelion**, los 169 capítulos de **Inuyasha**, la interminable saga de **Los caballeros del Zodiaco**, las dos temporadas y los dos filmes de la obra maestra ciberpunk que fue **Ghost in the Shell**. Tuvimos nuestra etapa (hay que confesarlo) de fanatismo por los adorables monstricos de **Pokemon** y **Digimon**. Seguíamos (en la medida de lo posible) **One Piece**, que va por su capítulo 400; **Bleach**, que va por el mismo camino; conocíamos **Van Helsing**; **Eureka 7**; **Gun X Sword**; **Cowboy Bebop**; la monstruosa e hiperviolenta **Berseker**, la imaginativa **Deadknot**...

Nos habíamos convertido, en fin, en auténticos fans expertos en manga y anime.

Sin embargo, aunque fuera en versión subtitulada, con las voces originales en japonés, y no aquellas que habíamos aprendido a amar y odiar, me senté fascinado ante el monitor de mi viejo cacharro confeccionado, como las antiguas películas de la Cinemateca, con varias copias de uso... y durante casi una semana, cuatro o cinco capítulos todos los días, volví a vivir al máximo aquel pedazo de mi infancia. Como si fuera la primera vez. O mejor aún, quizás.

Y descubrí sorprendido (más vale tarde que nunca) que en rigor mi primer contacto con el universo Voltus había tenido lugar en la primaria... en quinto grado, aquel día que René Raúl Ramírez, un obeso compañero de estudios cuya familia había vivido en Japón, me invitó a jugar a su casa. Y a mi pobre dragón artesanal hecho con un globo verde roto relleno de algodón y trozos de papel precinta pegados como aletas y alas opuso un vistosísimo y flamante monstruo-robot, especie de tiranosaurio tricolor con cabeza de calavera cornuda y esteras de tanque de guerra en los pies. El mismo, por cierto, que luego en pleno preuniversitario, mi amigo Antonio González, (aún más fan de todo lo japonés que yo, hasta el punto de que hoy, además de ser vecino mío por avatares del destino, practica aikido, habla japonés como un nativo, lo que le valió hace años un viajecito a Tokio... y, lo más importante, trabaja en la embajada del País del Sol Naciente, en el Miramar Trade Center) dibujó en una hoja de libreta para regalármelo como muestra de amistad sincera al final de los tres años que estudiamos juntos.

Ahora reencontraba a aquel dragón-tiranosaurio-cornudo en uno de los capítulos de Voltus, para terminar, como siempre partido en dos por la V de la Espada Láser. Y no fue esa la única sorpresa que me reservaba el ver la serie completa.

Me enteré, tan gozoso como un ama de casa ante un giro imprevisto de la telenovela que sigue por meses y meses, que el padre de Esteban, Berg y Juanito, el constructor de Voltus y su base, ¡era en realidad un nativo de Barzam que se había cortado los cuernos para ayudar a los oprimidos de su mundo! Que el orgulloso príncipe Sardos era su hijo, y por eso ¡hermano de los tres del equipo Voltus!

(Aplausos, por favor... y que nadie se atreva a decir que se parece al argumento de **Star Wars**, please).

Pude finalmente ver en acción al mítico monstruo de las ruedas de pinchos, ya conocido por aquella legendaria foto en el cine 23 y 12: una entidad compuesta por dos robots, y uno de ellos una gran serpiente: los de Barzam no eran tan tontos y también probaron a lanzar a dos monstruos a la vez contra Voltus... más de una vez, porque también estuvo aquel caballero medieval con su corcel volador.

Mi capítulo favorito fue, sin dudas, aquel donde, enfrentado a un monstruo (cornudo, para variar) que blande su espada de samurai con mucha mayor habilidad que ellos mismos, los del equipo Voltus siguen el consejo de Berg, el más experto en artes marciales, y echan mano al viejo truco samurai de atrapar la hoja de su adversario entre las palmas de sus manos... aunque la entrega final de la serie, cuando el príncipe Sardos sale a defender el honor militar de Barzam guiando personalmente al último monstruo que enfrenta Voltus, también tiene su grandeza...

Oh, podría hablar largo rato de Voltus V... pero como todo lo que empieza tiene que terminar, y ya he escrito bastante, quizás hasta demasiado, quiero concluir recordando algo que le dije a dos de mis novias (dos, pero en distintos momentos, aclaro... que la promiscuidad también tiene sus límites) que, por diversos motivos, no comparten mi nostálgica afición por el robot de los cinco pilotos.

Una, porque al ser muy joven (ahora, 24), no pertenece en modo alguno a la Generación V y no puede entender ese remoto pasado en que los anime no eran algo de cada día, presente en todos los discos duros. Donde no sólo no había DVDs, sino tampoco computadoras. Cuando los muñequitos rusos eran la programación habitual, sin que los apreciáramos en su justo valor como hoy hacemos, porque, es triste pero también cierto, a menudo uno no sabe cuánto vale lo que tiene hasta que no lo pierde (menos mal que ha quedado ese espacio franco para la nostalgia que son las memorias flash y los discos reescribibles) y por eso ni siquiera se emocionó especialmente cuando, hace unos años, pasaron la serie de Voltus ¡completa! ¡por televisión!

La otra, porque a pesar de que cronológicamente, por haber nacido en el 68, pertenece de lleno a esta Generación V, resulta que pasó los 80 con su familia nada menos que la URSS. Ella sí comprende (tal vez incluso mejor que nosotros) lo que sentimos tantos al escuchar la música que para el resto del mundo puede ser el tema

del filme **Zorba el griego**, pero para tantos cubanos es la banda sonora del animado **De cómo los cosacos salvaban a sus niñas**. Ella también se emociona hasta las lágrimas, como nosotros (y más, porque habla ruso perfectamente) al escuchar las canciones de **Los músicos de Bremen** o lo que cantaba el cocodrilo Guena sobre el cumpleaños una vez al año antes de conocer a su amigo **Cheburashka**. Pero **Voltus V** tampoco le da ni frío ni calor.



Es que **NO PUEDE DÁRSELO**, a ninguna de las dos. Porque la nostalgia no se aprende, no se presta, no se finge. Porque nadie puede recuperar el pasado que no vivió.

Y es justo que sea así.

A ellas dos, y a tantos otros nacidos en los tardíos 80, en los 90 o en los 50, o en la década que sea, que siguen sin entender por qué los de la Generación V siempre que nos reunimos terminamos hablando de Voltus y otros muñequitos japoneses o rusos, como si nada hubiera valido la pena desde entonces (que obviamente no es así) ¿tiene algún sentido explicarles todo lo que significaron esos animados para nosotros? ¿Es acaso posible... es, sobre todo, deseable?

Que me perdonen si resulto descortés y directo, pero creo sinceramente **QUE NO**.

Hay cosas que no tienen una explicación. Al menos, no una lógica.

Por eso, nosotros, los de la Generación V, como antes tantos miembros de cofradías secretas, disfrutamos ser miembros de un club tan exclusivo que cada día, entre los que mueren y los que abandonan el país, tiene menos miembros.

Y como los criadores de gatos o los fans del heavy metal, a todos esos que nos miran como si estuviéramos locos, y que no entienden por qué insistimos en ver una y otra vez lo mismo, en conversar siempre de lo mismo aunque sea con diferentes personas, podemos decirles, encogiéndonos orgullosamente de hombros:

Muchacho, si lo que hacemos no te gusta, vete a hablar de **Bleach** o de **One Piece**. O, si te da por ahí, de series como **Merlín**, **Twilight** o hasta **La Leyenda del Buscador**, que casi dan risa.

Nadie te obliga a compartir con nosotros.

Sobre todo, porque, aunque esté un poco mal decirlo...

ESTAMOS MUY BIEN SIN TI.

18 de enero de 2011.



JOSÉ MIGUEL SÁNCHEZ (YOSS) (La Habana, 1969). Licenciado en Biología por la Universidad de La Habana, 1991. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Ensayista, crítico y narrador de realismo y ciencia ficción. Su obra ha obtenido diferentes premios y menciones, tanto en Cuba (Premio **David** 1988 de ciencia ficción; Premio **Revolución y Cultura** 1993; Premio **Ernest Hemingway** 1993; Premio **Los Pinos Nuevos** 1995; Premio **Luis Rogelio Nogueras** de ciencia ficción 1998 y Premio **Calendario** de ciencia ficción 2004) como en el extranjero (Premio Universidad Carlos III de ciencia ficción, España 2002; Mención **UPC** de novela corta de ciencia ficción, España, 2003 y el Premio **Domingo Santos** de cuento de ciencia ficción, 2005, entre otros. Ha publicado **Timshel** (cuentos de ciencia ficción) 1989; **W** (cuentinovelada de realismo) 1997; **I sette peccati nazionali (cubani)** (cuentinovelada de realismo, en Italia) 1999; **Los pecios y los naufragos** (novela de ciencia ficción) 2000; **Se alquila un planeta** (cuentinovelada de ciencia ficción, en España, 2001); **El Encanto de Fin de Siglo** (noveleta, en colaboración con Danilo Manera, en español en Italia) 2001; **Al final de la senda** (novela de ciencia ficción) 2003; **La causa che rinfresca e altre meraviglie cubane** (cuentos de realismo, en Italia) 2006; **Precio justo** (cuentos de ciencia ficción) 2006 y **Pluma de león** (novela erótica de ciencia ficción, en España) 2007. Sus narraciones han sido incluidas en varias antologías nacionales y extranjeras. Ha sido asimismo antologador de los volúmenes **Reino eterno** (cuentos cubanos de fantasía y ciencia ficción, 1999) y **Escritos con guitarra** (cuentos cubanos sobre el rock, en colaboración con Raúl Aguiar, 2006) en los que igualmente figuran cuentos suyos. Ha impartido Talleres de técnicas narrativas en Cuba, Chile, Italia, España y Andorra, así como asistido a varias convenciones internacionales de ciencia ficción y fantasía: **Les Utopiales** 2002 y 2004 y **Les Imaginales** 2003, en Francia. En 2010 ganó el premio UPC de ciencia ficción con **Super extra grande**, noveleta que se destaca por tener un tono paródico, divertido y por momentos escatológico.

CONCURSOS

CONVOCATORIAS

IV Edición del Concurso literario de Ciencia-Ficción y Fantasía “Oscar Hurtado 2012”

El Taller de Creación Literaria “Espacio Abierto” y el Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso, convocan a la cuarta edición del concurso de Ciencia-Ficción y Fantasía “Oscar Hurtado 2012”, que se organizará de acuerdo a las siguientes bases:

- La convocatoria está abierta a todos los escritores cubanos, sin límite de edad.
 - Los ganadores del premio en años anteriores no podrán participar en la categoría en la que fueron premiados.
 - Se premiarán los mejores textos en las categorías: A) cuento de CF, B) cuento de fantasía (incluyendo al terror fantástico) C) poesía de CF o fantasía y D) ensayo sobre temas afines a la fantasía y la CF.
 - Los participantes podrán competir con un solo cuento o poema por categoría. Si se recibe más de uno todos serán eliminados. Los cuentos y ensayos tendrán una extensión máxima de 15 cuartillas tamaño carta, con márgenes de 2 cm abajo y arriba y 3 cm a ambos lados, interlineado 1,5 y letra Times New Roman 12. Los poemas tendrán una extensión máxima de 2 cuartillas con las mismas condiciones. La temática es libre, siempre que se enmarque dentro del género de lo Fantástico.
 - Los relatos han de ser obligatoriamente inéditos (incluidas publicaciones electrónicas), no deben haber recibido premios o menciones con anterioridad en ningún certamen ni haber sido enviados a otros concursos.
 - Los envíos se realizarán por vía electrónica, a: **jeffrey@delta.co.cu**
- Se dará acuse de recibo de cada participación.

- Los textos se enviarán firmados bajo seudónimo y, en documento aparte, se incluirán los datos del autor (Nombre y apellidos, teléfono, email y dirección particular).
- El plazo de admisión está abierto desde el envío de la convocatoria y hasta el 15 de marzo del año 2012.
- Los Jurados, compuestos por prestigiosos escritores del género, otorgarán un único Premio y cuantas menciones estimen pertinentes.
- Los Premios en cada categoría recibirán diploma y 500.00 CUP, las menciones recibirán diplomas, así como libros o películas relacionados con el género.
- Los participantes ceden los derechos de autor sobre los relatos concursantes a los organizadores con fines exclusivos de su publicación en *Korad*, después de lo cual conservarán estos derechos para su publicación en otros medios.
- Los resultados se harán públicos en el marco del IV Evento Teórico de Arte y Literatura Fantástica “Espacio Abierto”, el domingo 1ro. de abril del año 2012. Los ganadores y finalistas serán contactados por la organización del concurso una vez se conozca el fallo del Jurado, en la medida de sus posibilidades, se comprometen a asistir al acto de premiación.
- La participación en el concurso implica la aceptación íntegra de estas bases.

Para más información, usted puede escribirnos a:

jeffrey@delta.co.cu (Jeffrey López)
carlos.duarte@cigb.edu.cu (Carlos Duarte)
evilarmadruga@gmail.com (Elaine Vilar)
raul@centro-onelio.cult.cu (Raúl Aguiar)

Convocatoria Premios Gandalf 2011.

(Información brindada por Gonzalo, co-director del Informativo Estronia)



La Sociedad Tolkien Española, fiel al cumplimiento de sus fines (indicados en el artículo 5 de sus Estatutos), por medio de su Comisión de Literatura, convoca los Premios Gandalf 2011, que se registrarán por las siguientes Bases:

Primera. Puede participar cualquier persona de cualquier nacionalidad, sea o no miembro de la Sociedad Tolkien Española, a no ser que forme parte del jurado de la presente edición.

Segunda. Los relatos, escritos en castellano, deberán ser inéditos y estar coherentemente ambientados en la Tierra Media o cualquiera de los otros universos creados por J. R. R. Tolkien. El jurado será, en último término, quien decida si cumplen este requisito, de acuerdo con la Base Undécima.

Tercera. Los relatos contarán con una extensión máxima de 15.000 palabras.

Cuarta. Cada participante podrá enviar cuantos relatos desee bajo un mismo seudónimo, aunque sólo podrá optar a un premio. No se admitirán a concurso relatos ya presentados a anteriores ediciones de los Premios Gandalf.

Quinta. Los textos deberán presentarse bajo seudónimo no reconocible y deberán ser enviados en un sobre sin el nombre del remitente. Se tendrá que remitir el relato impreso, acompañado de un CD-ROM con el relato en formato electrónico. Se aceptarán únicamente archivos en formato DOC o RTF. Los archivos podrán enviarse, opcionalmente, comprimidos en formato ZIP. En un sobre cerrado deberán adjuntarse los datos personales del autor: nombre y apellidos, domicilio, teléfono y dirección de correo electrónico si se dispone de ella. Alternativamente, se podrá optar por el envío mediante correo electrónico, bajo las condiciones especificadas en la Base Decimotercera.

Sexta. La fecha límite de entrega de los trabajos será el 30 de noviembre de 2011. En el caso de los relatos enviados por correo postal, se tendrá en cuenta la fecha del matasellos, siempre que sean recibidos en un plazo de cinco días naturales tras la fecha anteriormente indicada.

Séptima. El resultado se fallará en enero de 2012, por medios que serán anunciados previamente por canales similares a los usados por estas Bases, y será comunicado con la debida antelación a los ganadores.

Octava. Los premios serán los siguientes:

* Primer premio, 150 euros, diploma acreditativo y una estatuilla de Gandalf; * Segundo premio, 75 euros y diploma acreditativo; * Tercer premio, una suscripción gratuita a la Sociedad Tolkien Española durante un año y diploma acreditativo.

Novena. El jurado podrá declarar los premios desiertos.

Décima. La Sociedad Tolkien Española se reserva el derecho de publicar los relatos ganadores. Podrá, igualmente, publicar los relatos no premiados, solicitando siempre y en todo caso el consentimiento previo y por escrito del autor.

Undécima. El Jurado estará formado por Graciela Lorenzo Tillard "Nesial", Pilar Caldú Royo "Eithel Lindale", Daniel Morera Schultes "Ylmir", Mónica Sanz Rodríguez "Elanor Findûriel" y Ana Peris de Elena "Estelwen Ancálimë", junto con los suplentes Sonia Morales Caballero "Altáriel" y Paula de Andrés Martínez "Erendis", y se reserva el derecho a resolver cualquier situación no prevista en estas bases, siendo su decisión inapelable.

Duodécima. Los relatos deben enviarse a la siguiente dirección:

PREMIOS GANDALF

Antonio Rodríguez C/ San Atilano 10, 2º

49003 Zamora (España)

Decimotercera. Podrán enviarse igualmente a través de correo electrónico desde una dirección no identificativa, a la dirección premiosgandalf@sociadadtolkien.org. El cuerpo del mensaje estará vacío y se incluirán los siguientes adjuntos (no se admiten otros formatos):

* "seudónimo"- "título del relato".DOC/RTF/ZIP * "seudónimo"-datos.DOC/RTF/ZIP

Ejemplo:

* Relato aislado: Celebrinnir-De la Pena en los Caminos.rtf * Relato (de varios):

Celebrinnir-01.rtf (01 o número que proceda).

* Datos: Celebrinnir-datos.rtf

Por cada uno de los relatos recibidos por correo electrónico, se enviará acuse de recibo a la dirección desde la que fueron enviados en un plazo máximo de una semana.

Decimocuarta. A esa misma dirección de correo electrónico, premiosgandalf@sociadadtolkien.org, podrán enviarse dudas relacionadas con el funcionamiento de este concurso. En ese caso, deberá especificarse en el asunto del mensaje de la siguiente forma: "Gandalf: Duda".

Decimoquinta. La participación en el concurso implica la aceptación de todas estas bases.

Mayor información: E-mail: sociedad@sociadadtolkien.org * Web:

<http://www.sociadadtolkien.org/noticia.php?id=312>

CONCURSO LA CASA TOMADA DE CUENTO FANTASTICO



La filial de literatura de la UNEAC en Ciego de Ávila, convoca a los escritores del país, sean o no miembros de la organización, a la Jornada y Concurso «La casa tomada», en su nueva época.

1. Se concursará con un solo cuento inédito, en original y dos copias, que no exceda las diez cuartillas, y la temática será de lo fantástico y lo sobrenatural.
2. Las obras se enviarán por correo postal a Jornada «La casa tomada», sede de la UNEAC, calle Libertad no. 105 e. Maceo y Simón Reyes. Ciego de Ávila. C.P. 65100.
3. Los participantes lo harán con su nombre -no se precisa de seudónimo- pero sí de su dirección postal, número de carnet de identidad, teléfono, fax o e-mail en documento aparte.
4. Los trabajos serán recibidos hasta el 20 de octubre. La Jornada ha de celebrarse en la segunda quincena de noviembre.
5. El jurado estará integrado por prestigiosos narradores, quienes estarán presentes en la Jornada, así como los premiados, a quienes se le remuneraría en M.N. sus lecturas e intervenciones teóricas.

Se entregarán tres premios:

1. Premio «La casa tomada»
2. Premio colateral a escritor menor de 35 años, otorgado por la Asociación Hermanos Saiz
3. Premio colateral a narrador que resida en la provincia de Ciego de Ávila, entregado por el Centro de Promoción Literaria Raúl Doblado del Rosario
4. Se entregarán cuantas menciones se estime convenientes
5. Para más información, llamar a los teléfonos 033-22 7417 (UNEAC Ciego de Ávila) y 033-201210 (Centro Provincial del Libro y la Literatura).

Filial de Escritores de la UNEAC
Ciego de Ávila
Agosto de 2011.

Noticias

Acta del Certamen Internacional de Microcuento Fantástico miNatura 2011

Reunidos los votos del Jurado del IX Certamen Internacional de Microcuento Fantástico miNatura 2011, formado por:

Manel Aljama (Escritor)
Juan Guinot (Escritor)
Pablo Martínez Burkett (Escritor)
Carmen Rosa Signes Urrea (Escritora y fotógrafa)
Ricardo Acevedo Esplugas (Poeta y narrador)

Tras la lectura de los 357 cuentos presentados de un total de 252 autores, que provenientes de diferentes nacionalidades, a saber:

60 argentinos
1 argentino-español
1 boliviano
22 colombianos
1 costarricense
22 cubanos
6 chileno
1 dominicano
2 ecuatoriano
1 estadounidense
77 españoles
1 guatemalteco
1 hondureño
1 italiano
32 mexicanos
1 nicaraguense
5 peruanos
2 puertorriqueños
7 uruguayo
7 venezolano



Se destaca la calidad de los cuentos presentados lo que ha dificultado la labor del jurado a la hora de seleccionar tanto el ganador como los finalistas que, excepcionalmente, han aumentado de número suponiendo, a juicio de todos, un avance en el desarrollo del presente concurso. Nuestra felicitación a todos los participantes.

En breve verá la luz el dossier especial de la Revista Digital miNatura dedicado al IX Certamen Internacional de Microcuento Fantástico miNatura

2011 que contendrá tanto el cuento ganador como los finalistas, todos ellos recibirán por correo electrónico, diploma acreditativo de su participación en el certamen, también se hará llegar al ganador su premio.

El jurado del IX Certamen Internacional de Microcuento Fantástico miNatura 2011 proclama como ganador al cuento:

Filius philosophorum de Elisa de Armas (España)

Un texto original que se sale de los parámetros normales del género fantástico de los últimos años, introduciéndonos en el mundo de la magia alquímica con un toque inquietante que deja al lector en la incógnita de un final abierto lleno de posibilidades.

El jurado destaca como finalistas los siguientes textos:

Amor En Conserva de Paloma Hidalgo Díez (España) Ashville, **el secreto al desnudo de Claudio G. del Castillo (Cuba)** Cajas chinas de Luis Petrone (Argentina) Ciber-hombre de Sara Lew Santol (España) Creerás de J. E. Álamo (España) Don Quijo-té dice una más de las tuyas, mucho tiempo después de Ginés Mulero Caparrós (España) El fin del mundo de Carlos Alvahuante (México) El tole tole de José Aristóbulo Ramírez Barrero (Colombia) El Ultimo Testigo de Juan M. Ruiz Mayayo (España) Elipsis de Laideliz Herrera Laza (Cuba) **Irrefutable de Yunieski Betancourt Dipotet (Cuba)** La hormiga de Juan Pablo Delgado Castillo (Costa Rica) ...La Ufanadora montaña de John Alexander Díaz Ortegón (Colombia) Las Comadritas de Mariana Enriqueta Pérez Pérez (Cuba) Lepisma saccharina superbum de Mónica Ortelli (Argentina) Lunes entrópico de Ángel Revuelta Pérez (España) Matrimonio en crisis de Daniel Avechuco Cabrera (México) Mi abominable familia de Ana Rosa García Vidal (Cuba) Mutación tecnológica de Margarita Rufina Carvajal Pradas (Cuba) Observadores de Carmen Inés Jaramillo Cevallos (Ecuador) Ojos de José Rabelo (Puerto Rico) Pegaso de Daniel Ávila (Colombia) Redención de Ángel Luis Sucasas Fernández (España) Tiempos que corren de Juan Miguel Cano Castell (España) **Un instante de fuego de Carlos A Duarte Cano (Cuba)** Unidad de memoria de Serafín Gimeno (Cuba) Zombie en la Ruta 6 de Mariela Ibarra Piedrahita (Colombia)

Nuestro más sincero agradecimiento un año más por la buena acogida que sigue teniendo el certamen que viene a confirmar el interés que el microcuento fantástico tiene entre los escritores contemporáneos y que queda evidenciada por la calidad de los trabajos presentados. Debemos aclarar que este año, debido a la escasez de trabajos de menores de edad en el certamen, la selección meritatoria ha sido suspendida. Os esperamos el año próximo en la 10ª edición de este certamen.

Gracias a todos.

Ricardo Acevedo Esplugas

Carmen Rosa Signes U.

Directores de la Revista Digital miNatura San Juan de Moró a30 de septiembre de 2011

RECIBE RINALDO ACOSTA PREMIO DE LA CRITICA POR UN LIBRO SOBRE CIENCIA FICCION



Recibe el investigador literario Rinaldo Acosta, editor de Criterios y del ICL, uno de los Premios de la Crítica del 2011 por su libro *Crónicas de lo ajeno y lo lejano*, dedicado enteramente a la ciencia ficción, su poética y su historia.

Al respecto comentó su autor: “La ciencia ficción es una rebelión contra los cánones que imponen las obras clásicas. Para mí este género es un caso especial, no es la típica literatura popular. Tiene un carácter intelectual, pese a lo que todos creen, por los conocimientos de ciencia que son necesarios para entenderla.”

“Con «Crónicas...» brindo información conceptual, no opiniones idiosincrásicas personales, aunque sí intento aportarle un énfasis personal. En este texto resalto obras importantes de esta literatura, especialmente las menos conocidas”, agregó

Rinaldo.

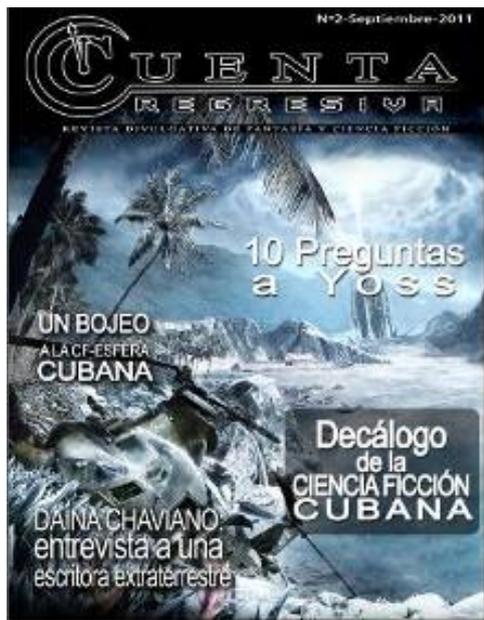
La recopilación de ensayos muestra rasgos y posibilidades que brinda este género. Es un libro que acerca al lector a las problemáticas de la historia de la ciencia ficción y revela sus probabilidades cognoscitivas, críticas y artísticas.

Esta colección es un acercamiento al ensayo que se realiza actualmente en nuestro país y que en ocasiones no es muy difundido.

Ya con su primer libro ensayístico, Temas de mitología comparada (1996), había obtenido el Premio de la Crítica en 1997. Ha publicado en Cuba y España trabajos sobre semiótica, mitología y literatura fantástica. Tradujo del ruso y tuvo a su cuidado la edición de *Árbol del Mundo. Diccionario de imágenes, símbolos y términos mitológicos* (Criterios, 1992). Ha realizado el trabajo de edición de numerosas entregas de la revista *Criterios*, antologías de la Colección *Criterios*, así como del recién creado *Denken Pensée Thought Mysl...* Servicio Informativo de Pensamiento Cultural Europeo. Su labor en el ICL desde hace varias décadas ha sido aún más amplia y variada.

Salió No.2 de la Revista Cuenta Regresiva.

Salió el No.2 de la **Revista Cuenta Regresiva**, revista divulgadora de ciencia ficción dirigida por Leonardo Gala Echemendía, con diseño gráfico de Leonor Hernández Martínez, y la redactora quien les escribe. Este segundo número está dedicado al estado actual de la ciencia ficción hecha por cubanos, se encuentren o no en la isla. En él encontrarán los siguientes artículos:



- Un bojeo a la CF- esfera cubana. Por Leonardo Gala
- Aché pa tí o que la Fuerza te acompañe. Por Erick Mota
- Decálogo de la Ciencia Ficción Cubana. Por Juan Pablo Noroña
- Crónicas del Mañana (prólogo). Por Yoss
- En busca de Estraven. Por Yasmín Silvia Portal
- Ciencia ficción dura en Cuba. Raúl Aguiar
- Historia del Movimiento de Divulgación del Fantástico Cubano. Por Sheila Padrón Morales

Encontrarán las entrevistas:

- Daína Chaviano, entrevista a una escritora extraterrestre. Por Ricardo Acevedo Esplugas
- 10 preguntas a Yoss. Por Leonardo Gala

Además de varios cuentos de CF escritos por cubanos, anuncios, resumen de actividades, y promoción de otros proyectos.

La revista es muy “pesada” (37 MB) y no se puede enviar por correo electrónico. Todas las personas interesadas podrán copiarla en las actividades del Proyecto DIALFA (los últimos sábados de cada mes en la Biblioteca Rubén Martínez Villena, Plaza de Armas, Habana Vieja), allí se habilita una laptop para que copien documentos y otras revistas cubanas.

La revista está abierta a colaboraciones, a todos los que quieran hacer artículos sobre literatura, cine, arte, historieta, anime sobre fantasía y ciencia-ficción. El próximo número tendrá como tema la “Historieta”. Estamos haciendo la convocatoria para todos los interesados en participar y escribir artículos se pongan en contacto.

Por favor escribir a: galechcu@gmail.com / sheila.padron@cigb.edu.cu

SECCION DE COMICS

Eric Flores Taylor

EDICIONES EN COLORES

Una significativa contribución al desarrollo de la historieta cubana se publicó en el cuatrienio 1965-1968 por Ediciones en Colores, la editorial del semanario humorístico **Palante**, que dio vida a los cuatro mensuales **¡Aventuras!**, **Muñequitos**, **Din Don** y **Fantásticos**. La dirección fue asignada a Fidel Morales Vega, al cual se deben los guiones de muchas historietas publicadas. Las cuatro revistas, que inicialmente hospedaron también tiras norteamericanas como **Prince Valiant**, **Archie**, **Charlie Brown**, **Henry**, **Popeye**, etc., dieron poco a poco siempre más espacio a los autores cubanos.

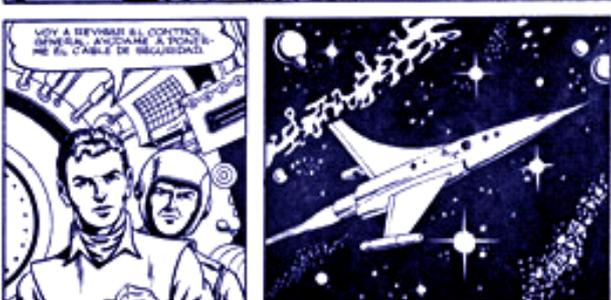


Para el comic fantástico cubano el origen fueron las historietas cortas y autoconclusivas de 6 a 7 páginas. Versiones de cuentos de Bradbury (**Noche de verano**, guion de Zoia Sandor y dibujos de Alfredo Mantilla) y otros autores del género. La gráfica de Virgilio Martínez, consagrado del género y considerado maestro de la generación, produjo sus primeras obras estableciendo un camino hacia la expresión artística. Fue posible, entonces, el surgimiento de una publicación especializada en el tema, la revista **Fantásticos** editada por Ediciones en Colores. Ya en esta publicación no sólo aparecían adaptaciones sino guiones originales como **Los Intrusos** de Sergio Hernández con dibujos de Virgilio o **Rescate en el Espacio** de Jorge Luis Bernard con dibujos de Alfredo Mantilla. También Juan Padrón publicaba la página humorística **Barsoom**.

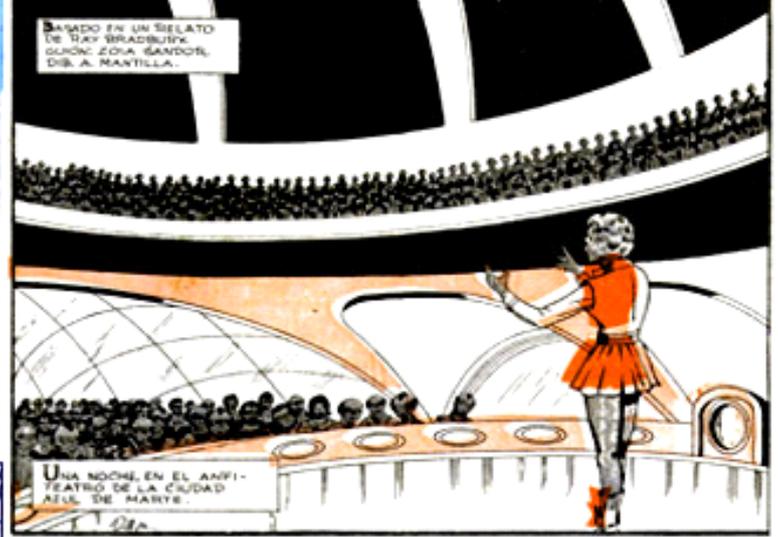
En las publicaciones periódicas (**Pionero**, **Cómicos**, **El Muñe**) comienzan a alternarse las historietas de aventuras, humorismo, históricas o biográficas con los temas de ciencia ficción y Juan Padrón, incluso, lleva

a su personaje mambi **Elpidio Valdés** a una aventura en Marte, parodiando a E.G. Burroughs y su Nick Carter.

LOS INTRUSOS



NOCHE DE VERANO



EL PLANETA DEL OLVIDO

GUION: MARLA FORTES DELA CRUZ, DIBO: PEDRO MANTIN



PROXIMO NÚMERO
ESPECIAL AGUSTIN DE ROJAS

